

Transiciones Psicoanalíticas



Revista de Analistas en Formación de la Asociación Psicoanalítica Mexicana,
PSIMEF-APM



Junio del 2013
Número 1

Serie Metamorfosis

Ilustración: Liza Mariottini

Artista Plástica, Argentina

www.lizamariottini.com.ar

Índice



Editorial

pág. 3-10

Trabajos Teóricos

Procesos terciarios, salud y creatividad

Sabina Alazraki, APM

pág. 12-15

Entre la alienación y el deseo: Los caminos en la formación como psicoanalista

Fernando Anguiano, APG

pág. 16-19

Transición, Transformación. Pensando la formación psicoanalítica

José Gabriel Hernández Mora, APM

pág. 20-26

Pensando el Psicoanálisis Relacional

Jorge Luyando Hernández, APM

pág. 27-33

La Pulsión ¿Más psíquica que somática?

Guadalupe Vargas Stepanenko, APM

pág. 34-38



Trabajos Clínicos y Vivenciales

Sobre algunas dificultades técnicas relacionadas con la perversión, la transferencia y la contratransferencia

Patricia Burgos, APM

pág. 40-44

Formación Analítica. Vocación y pasión por el psicoanálisis

Mónica López Peñafiel, APM

pág. 45-50

Psicoanálisis Relacional en la clínica

Alejandra Uscanga Castillo, APM

pág. 51-59



Pasión por la lectura

Construyendo Puentes

Reseña del libro "Operative Groups: The Latin-American Approach to Group Analysis" de Juan Tubert-Oklander y Reyna Hernández de Tubert

Alejandra Uscanga Castillo, APM

pág. 61-70



El chiste y su relación con el inconsciente

pág. 71

Serie Metamorfosis

Liza Mariottini, Artista Plástica
Argentina

Editorial

Palabras del Presidente de APM Dr. Marco Antonio Dupont

Transiciones psicoanalíticas Dr. José Luis Islas E,
Director del Instituto de Psicoanálisis de la APM

Prólogo Gabriel Hernández, analista en formación APM

Nuestra formación psicoanalítica en ideas: La revista
Alejandra Uscanga Castillo, analista en formación APM



DSC_0944

Serie
Metaformorfosis

Liza Mariottini,
Artista Plástica
Argentina

Palabras del Presidente de APM

Dr. Marco Antonio Dupont, Presidente de la
Asociación Psicoanalítica Mexicana

Como representante de la Mesa Directiva de la institución psicoanalítica más antigua en México, es todo un honor que me hayan invitado a dirigirles unas líneas para este número de la revista de PSIMEF titulado “Transiciones Psicoanalíticas”; honor que está basado en el hecho primordial de que la función de la APM es de formar psicoanalistas con un alto nivel de calidad, ética, teoría, técnica y profesional.

Es un hecho que en los últimos años, PSIMEF ha demostrado lo anterior en las diferentes actividades que han llevado a cabo con otras asociaciones hermanas, tanto nacionales como internacionales; participaciones que han puesto en alto, no sólo la calidad y el nombre de nuestra Asociación, sino que al presentar trabajos han sido premiados a nivel internacional y que,

miembros del mismo PSIMEF, ocupan puestos importantes tanto en IPSO como en OCAL.

Reciban en estas breve reseña una felicitación y reconocimiento a su labor que ahora culmina con la publicación de este trabajo editorial, cuyo nombre hace referencia a la transición que han tenido ustedes de ser psicoanalistas en formación a psicoanalistas ahora reconocidos por IPA y por FEPAL.

Cordialmente

Dr. Marco Antonio Dupont
Presidente Asociación Psicoanalítica Mexicana

Transiciones psicoanalíticas

Dr. José Luis Islas E., Director del Instituto de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Mexicana

Los analistas en formación que acuden al instituto de psicoanálisis, se encuentran en un período de transición. Muchas veces se les confunde con adolescentes ya que este es el período típico de transición en la vida. Sin embargo los estudiantes de psicoanálisis son ya adultos con alto nivel de estudios, edad y capacidades suficientes para ser considerados como individuos maduros con toda la potencialidad para empezar a ejercer su nueva disciplina.

El *Diccionario de la Real Academia Española* define **transición** como la acción y efecto de pasar de un modo de ser o estar, a otro distinto.

transición: *(Del lat. transitio, -ōnis). f. Acción y efecto de pasar de un modo de ser o estar a otro distinto. || 2. Paso más o menos rápido de una prueba, idea o materia a otra, en discursos o escritos. || 3. Cambio repentino de tono y expresión. □ V. terreno de ~. Diccionario RAE.*

En el psicoanálisis contemporáneo, el concepto de espacio se ha vuelto un concepto clínico muy útil. Proviene del descubrimiento de Sigmund Freud de que la mente está dentro de un espacio, algo que no se le había ocurrido a nadie antes. Este lugar es el de la constitución de la experiencia subjetiva y del conocimiento, que representa el sitio donde se forma el aparato

psíquico con sus tres ámbitos: inconsciente, preconscious y consciente.

Continuando con esta línea de pensamiento, D. W. Winnicott desarrolló en 1951 el concepto de fenómenos transicionales, un área de la experiencia que se encuentra intermedia entre el espacio interno y la realidad externa. Que al mismo tiempo que los separa, es un espacio intermedio que los conecta, de ahí que la paradoja sea un concepto nuclear en Winnicott. En este espacio surgen los objetos transicionales, como el osito de peluche, y a partir de éstos la posibilidad de acceder al juego, a la creatividad y a toda vida imaginativa que de sentido a nuestra vida.

A Winnicott se le ocurrió la idea de un espacio de transición a partir de su práctica como pediatra. Su libro se llama así, de la pediatría al psicoanálisis, pero podría llamarse también del psicoanálisis a la pediatría. Le llamó la atención como los niños se sentían atraídos por el abatelenguas y su reacción con la mirada de la madre: Ve el abatelenguas y luego aparta la mirada interior. Los niños presentan estas dos fases cuando está frente: Período de vacilación, espacio en blanco (área creada por el desvío de la mirada) para conferir un estatuto interior al objeto. Al apartar la mirada tiene al objeto sólo en la mente; hace del objeto un objeto psíquico y así lo conecta con los impulsos .

El concepto de espacio intermedio o espacio transicional nos da la posibilidad de acceder a la simbolización, a la posibilidad de la reversibilidad de los efectos de la pérdida de la ausencia. Al poder simbolizar y dar sustancia a lo que no estaba. Como no es independiente del contexto en el cual se

produce, dentro de este contexto, el tiempo puede cumplir un papel crucial en cuanto a la reversibilidad de los efectos de la pérdida o la ausencia.

Christopher Bollas, siguiendo a Wilfred Bion, que pensaba que todo en el ser humano es transformación, llamó objeto transformacional a la madre que es capaz de tener la función de cambiar las sensaciones negativas del bebé, como angustia, soledad, rabia, en sensaciones positivas de tranquilidad, integración y confianza. Desde el nivel de convivencia mental, el psicoanalista puede producir desarrollos transformativos, reactivando o, en ciertos casos, generando, haciendo florecer las necesarias funciones contenedoras, representacionales, simbolizadoras, narrativas, comunicativas y elaborativas inicialmente ausentes en quien se confía a sus cuidados.

Es así como la teoría clínica, en la actualidad, toma estos conceptos para explicar cómo actúa el psicoanálisis, en su práctica psicoterapéutica, para cambiar la psicopatología del paciente.

Para acceder a las puertas de la comprensión del otro hay que nombrar, sin lugar a dudas, el concepto de transicionalidad, que hace frecuentables, fructíferamente, los “espacios vecinales” intersubjetivos, y permite interacciones sostenibles entre dos aparatos psíquicos, sin la vivencia de violación recíproca. A través de un acceso, ni furtivo ni traumático, a lo interpsíquico, valiéndose de las corrientes favorecedoras naturales del encuadre psicoanalítico, de la regresión y de una cierta familiaridad con el área transicional, el analista ha logrado encontrar la forma de entrar –en

raros y privilegiados momentos– de ensueño, en la “sala de máquinas”, en la “caja negra”, en el escenario fantástico, en el “corazón” de la realización compartida con el paciente (como nos lo enseña Stefano Bolognini, el presidente electo de la Asociación Psicoanalítica Internacional, en su libro *Pasaje Secretos*).

A lo descrito por los autores que cito anteriormente, le llamo *transiciones de vida* y designo *transiciones de muerte* a lo que tiene que ver con lo normótico, lo falso. El desconocer al otro, el desconocerse a uno mismo. El aburrimiento, la discontinuidad. El individualismo desenfrenado de “hacer de nuestras caras mascaradas de nuestros corazones para ocultar lo que son” como dice Macbeth.

Transiciones de vida como el hecho de separarse, independizarse y encontrar una identidad psicoanalítica. Podemos decir que el objetivo de la formación en el instituto es entrar a este espacio de transiciones de vida. La transición de vida lleva hacia la continuidad, el cambio, la creatividad, la actividad. Transicionalidad que crea espacio. Un espacio que surge de una suficientemente buena relación con una madre devota que le da a su hijo lo que necesita. Un espacio donde hay afecto, erotismo, cercanía, compasión. El espacio transicional da sentido al sinsentido de la vida. La transición es una posibilidad, ante la incerteza de la verdad absoluta.

El espacio transicional hace posible que el bebe pase de la angustia al uso creador de objetos reales que él desea. Y esto gracias a que la madre le hace sentir la ilusión.

...apostar por una escritura del borde:...después de su lectura hay una luz resultante, con seguridad no será una luz pura ni una luz negra: será una luz problemática, una luz sinuosa que tendrá que ver con el borde, con el margen o con el contorno del objeto mirado o con los pliegues de la luz misma que muchas veces inventó el objeto. Mirar es inventar. E inventar es concebir “las formas a medio camino de otra cosa” (Eduardo Milan, poeta. Una cierta mirada)

El estudiante de psicoanálisis que entra a un período de transición de muerte, regresa a fases primitivas del desarrollo de dependencia no tolerada y proyectada. A diferencia del que ingresa a una zona de transición de vida de dependencia introyectiva con reconocimiento de la importancia del objeto tanto como de su libertad.

Si algo tiene de parecido el analista en formación con el adolescente es que es el estado transicional que nos libera de la seriedad de la vida. No hay más que estar en las reuniones de candidatos en cualquier país para compararlas con la seriedad, formalidad y gravedad de los analistas ya “formados”. El candidato que ha entrado en una zona transicional de creatividad, le dará a la vida la autenticidad y el sentido para que pueda ser vivida.

Con la emergencia de la transicionalidad se va produciendo el nacimiento y despliegue de tres espacios de experiencia: el potencial, el interno y el externo.

Cuando no hay estos espacios transicionales se darán varios tipos de objetos como los consoladores o fóbicos, u objetos autistas en los

analistas en formación y con respecto al instituto, a sus maestros o supervisores.

El objeto alternativo descrito por Bollas expresa la sensación del niño de que la vida transicional ha muerto y que puede instalarse en el candidato con las siguientes características:

- El espacio transicional ha sufrido un colapso
- Expresa el movimiento hacia la construcción compensatoria de un mundo interior alternativo alejado del mundo real.
- Personifican el espíritu de lo muerto (de la madre muerta de Green)
- El self de antaño vive como espectro.
- No es un objeto interno porque no representa un objeto real.
- Son permanencias de una existencia psicósomática otrora significativa

En la tabla siguiente se ven las diferencias entre uno y otro:

- Objeto Transicional - Objeto Alternativo
- Espacio potencial - Espacio de Hado (Fuerza desconocida que, según algunos, obra irresistiblemente sobre los dioses, los hombres y los sucesos).
2. m. Encadenamiento fatal de los sucesos).
FATE=HADO: Divinidad o fuerza que operaba sobre dioses y hombres, destino o fortuna. Denominación de la fuerza que rige los destinos del ser humano, que arranca de las concepciones mitológicas clásicas, teniendo su propia representación en las hilanderas griegas, Cloto, Laquesis y Atropos, encargadas de tejer el hilo de la

vida humana y cortarla. El Hado era el destino.

¿Entonces el encadenamiento afortunado de los sucesos es hada?

- Espacio transicional - Espacio alternativo

En la 3ª. Área. Más allá de la frontera espectral.

Uso del objeto – Conservación del objeto (Bollas)

En el analista en formación se manifestará con apatía, desesperanza, sometimiento, falta de iniciativa y pasividad. Su disociación lo llevará a la separación con el grupo de compañeros y las labores creativas del instituto. No aparecen en las reuniones académicas o sociales de sus pares; son como fantasmas que o se portan muy complacientes con el profesor en turno o parecen fantasmas que no están, aunque sus cuerpos están en los seminarios. Estos estudiantes se sintieron marginados, condenados a ser un alternativo self, se experimentaron como realizaciones zombis de los objetos internos de los padres y vivenciaron su verdadero self como un fantasma.

El origen de estas situaciones en donde la transición es de muerte es muy complejo. Interviene la directiva del instituto, el clima de la Asociación, el análisis individual y las influencias de los supervisores y profesores de la institución. Además de los factores individuales con los cuales llega el analista en formación al instituto.

El instituto se puede comparar a un purgatorio en donde los estudiantes podrán subir a

una zona de Transicionalidad positiva o caer en la transición hacia la muerte.

La educación psicoanalítica en el instituto debe de ser un tipo de transicionalidad de vida. Y como objetivo crear un campo que lleve a los candidatos a transformarse en sujetos libres, con ideas propias y con una identidad analítica bien cimentada. Con la capacidad de disfrutar y gozar tanto de la vida como de la hermosa disciplina que es el psicoanálisis.

Prólogo

Gabriel Hernández

Es para mí un gran orgullo y motivo de satisfacción poder presentar un ejemplar más de la revista de los analistas en formación de APM, ahora bajo un nuevo nombre que quiere designar una nueva etapa que pretende la continuidad, la consistencia y la calidad de los trabajos publicados. Por ello bajo el nombre de “Transiciones Psicoanalíticas” se presenta una revista producto de la experiencia y trabajo de muchos colegas en formación, trabajos que se han llevado a congresos nacionales e internacionales, encuentros de analistas en formación y otros foros; y que por la respuesta obtenida en los mismos, se han seleccionado para poderlos hacer llegar a toda la comunidad psicoanalítica de la APM y más allá, tratando de llegar a un público interesado, pero también despertando el interés por el psicoanálisis en aquellos que por diversas razones no se han acercado a congresos o conferencias, pero que sí tienen a la mano una computadora, para ello nos apoyaremos en la versión digital de la revista.

Esta revista representa también uno de los mayores logros alcanzados durante la gestión del Comité Ejecutivo PSIMEF 2011-2013, al lado de nuestras diversas actividades científicas, en las cuales tuvimos el invaluable apoyo de muchos analistas de nuestra institución, brindándonos su experiencia de una forma generosa y entusiasta. “Transiciones Psicoanalíticas” es pues el resultado del trabajo y del esfuerzo conjunto: autores, editores y revisores.

Sin duda la escritura es en psicoanálisis no sólo una vía de difusión del pensamiento, de la clínica y de la construcción de la teoría, sino un elemento esencial que involucra la creatividad, la experiencia analítica, la duda analítica también y sus respuestas. El acto de la escritura transmite no sólo la originalidad y singularidad de quien escribe; en ese acto pasado a la letra vemos cómo el creador recorre caminos, plantea puntos de encuentro, se encuentra en la encrucijada de ideas, anda por brechas y caminos pantanosos para llegar a un claro dentro del mar de ideas y dudas. Seguimos al creador del texto en su camino y en su búsqueda, lo acompañamos en ese acto íntimo de la lectura. Vemos entonces nacer un texto, una idea, ojo de luz, que nos hace reflexionar y ver en el escrito cómo es que se plasma algo del ser del analista, complemento de su formación.

Y hemos comprobado que los analistas en formación tienen mucho que decir a través de la palabra escrita, por ello para PSIMEF es indispensable y prioritario ofrecer el espacio para que su pensamiento y trabajo intelectual sea conocido, discutido y reconocido. Más aún, con ello cumplimos con una de las funciones sustanciales del Comité de Psicoanalistas Mexicanos en Formación de la APM, difundir en toda su extensión la teoría y pensamiento psicoanalíticos.

Se ha tomado el nombre de “Transiciones Psicoanalíticas” porque designa un lugar intermedio. No por ello queremos decir que los autores adscriben en su totalidad al modelo planteado por Winnicott, más bien se hace alusión

sobre todo al mecanismo inherente, a la operación llevada a cabo, a la creación de un espacio que, nutrido de la realidad interna y externa, de dos eventos, de dos formas de experimentar-se, puede crear algo que no necesariamente hace referencia explícita a los dos, sino que se encuentra marcada esta nueva creación por un elemento nuevo, por el nacimiento de algo diverso, que no queda atrapado en lo concreto pero tampoco en lo subjetivo y que a la vez los integra de una forma creativa, nueva, diferente.

Gracias al apoyo de todos los que de una forma contribuyeron a que esta revista saliera a la luz, principalmente a los autores y en especial a Alejandra Uscanga, por su vitalidad, entusiasmo y energía vertidos en un proyecto más de PSIMEF.

Gabriel Hernández Mora.

Presidente PSIMEF 2011-2013.

Nuestra Formación Psicoanalítica en ideas: la revista Alejandra Uscanga Castillo

“Todo analista debe ser un pensador, no necesariamente un gran pensador, basta con que sea un pequeño pensador, pero pensador al fin”

- Antonio Mendizábal -

Pensar en la formación como psicoanalista es pensar en toda la experiencia emocional que como analistas

en formación nos cruza. Que la formación esté compuesta por el trípode seminarios-análisis-supervisión pone de relieve la transición por la que invariablemente pasamos. Ya bien dijo Balint que para adquirir las herramientas que se necesitan para ser psicoterapeuta se tiene que dar una transformación limitada pero profunda en la identidad de quién aprende, misma que es gradual y que deviene por innumerables transiciones tanto en el ámbito personal, como académico y profesional.

De este modo, como analistas en formación no sólo venimos a aprender una técnica y una teoría, sino que se requiere una transformación activa de los que nos dedicamos a esta delicada disciplina artísticamente humana. Transmitir este devenir transicional es el objetivo de la revista, como su nombre lo indica, que pretende ser un vehículo para cada uno de los analistas en formación que nos encontramos transitando este difícil pero apasionante viaje de convertirnos en psicoanalistas. Y como psicoanalistas (en formación si se quiere, pero psicoanalistas al fin y al cabo) la palabra se convierte en uno de los vehículos privilegiados para dar cuenta, elaborar, transmitir y vivenciar esta metamorfosis en la que nos encontramos. Con ese objetivo invocamos el trabajo de la artista plástica argentina Liza Mariottini, que con su serie Metamorfosis, expresa los cambios, las transiciones, a los que todos los seres vivos estamos expuestos.

Esta metamorfosis, este estar en lo transicional, necesitará de una relectura de nuestros maestros, de nuestros analistas y supervisores, y de nosotros mismos. Pero no sólo una relectura pasiva

sino una elaboración activa de todo lo que vamos asimilando. Esta revista tiene la intención de que esta actividad transformadora cruce por el ámbito de la palabra, nuestra palabra como analistas en formación. Palabra que de cuenta, que elabore y que deje testimonio de las *Transiciones Psicoanalíticas*, que deseablemente nos lleven a teñir de nuestros propios colores el camino teórico y vivencial que recorreremos.

Y justamente en estos dos grandes rubros se dividirán los trabajos en la publicación, ya que cada analista en formación expresa su transición de forma distinta, algunos más hacia la clínica vivencial otros hacia la teoría que de sentido. *Trabajos Teóricos* y *Trabajos Clínicos y Vivenciales* nos servirán de temas guía para organizar esta publicación. *Pasión por la lectura* servirá de pretexto para hacer homenaje a nuestros maestros, cercanos o lejanos, y al legado que nos han ido heredando a lo largo de múltiples generaciones que han pensado el psicoanálisis. Finalmente un poco de humor, que nos haga recordar que el chiste es condensación y desplazamiento de los anhelos inconscientes, anhelos que también están presentes en la elaboración de esta revista y en la necesidad de dar cuenta de nuestra transición como analistas en formación.

Esta es la intención de esta revista que es tuya: que escribas, que comentes, que compartas tu metamorfosis, que des cuenta de tu devenir, de lo transicional que nos conforma y de lo que es ser analista en formación.

Quisiera terminar agradeciendo de manera especial a Liza Mariottini, quién de forma desinteresada y participativa prestó su trabajo artístico para ilustrar esta revista.

Gracias también a los lectores Camille Cassereau, Claudia Lahud y Jorge Luyando por el apoyo en la lectura y corrección de los trabajos. Es un esfuerzo extra en el transcurrir de nuestra formación que apreciamos sinceramente.



Capacidad de amar y trabajar

Trabajos Teóricos



DSC_0949-C Serie Metamorfosis

Liza Mariottini, Artista Plástica Argentina

Procesos terciarios, salud y creatividad

Sabina Alazraki

Analista en formación, APM

Para el psicoanálisis tradicional los procesos primarios y secundarios son, en la terminología clásica, modos de funcionamiento que han quedado asimilados a oposiciones como el par principio de placer - principio de realidad, y el par de energía libre - energía ligada.

Recordemos brevemente que el **proceso primario** y el **proceso secundario**, aluden a los dos modos de funcionamiento del aparato psíquico, que el primero caracteriza el sistema inconsciente, en el que la energía psíquica fluye libremente, pasando sin trabas de una representación a otra según los mecanismos del desplazamiento y de la condensación, siguiendo la trama del deseo y está al servicio del principio de placer; en tanto el proceso secundario, caracteriza el sistema preconscious-consciente, donde la energía es primeramente «ligada» antes de fluir en forma controlada; las representaciones son catectizadas de una forma más estable, la satisfacción es aplazada, permitiendo así experiencias mentales que ponen a prueba las distintas vías de satisfacción posibles, y corresponde al principio de realidad.

Las consecuencias explícitas e implícitas de estas nociones, han influido en mayor o menor medida en las concepciones de la cura que tendieron a concebir el “secundarizar” como eje del proyecto terapéutico. Es decir, la idea nuclear

de “hacer consciente lo inconsciente”, o de “ampliar los espacios del yo, a donde antes solamente había ello”, que son otras formas de proponer la capacidad para pensar los impulsos. Lo que hoy entendemos como trabajo del pensamiento.

De allí que a veces, ciertas prácticas aplastaron la riqueza inicial de los descubrimientos analíticos, e inclusive se expusieron en Argentina en la década de los 70s en relación a cierto psicoanálisis como el norteamericano, al que veían como petrificado en reglas, donde la inacción era casi la condición del mismo.

Desde esta perspectiva, el aparato psíquico -o si se quiere la subjetividad-, funcionaría a predominio de procesos primarios o secundarios de modo que las formas de pensar, sentir y de actuar de un sujeto se dirimirían entre lo primitivo (-el impulso-) y lo evolucionado (-el pensamiento-) que es lo que sería normal o saludable. (Zukerfeld, 1999).

Pero André Green en 1972 en un coloquio de la Sociedad Psicoanalítica de París sobre la salud, se pregunta: “¿En qué criterios puede un psicoanalista sustentarse para definir la normalidad?”.

Y se responde que en el proceso de la cura analítica es claro que no puede considerarse como tal, ni al control racional excesivo propio de “insuficiente proceso primario”, ni “cuando la

supresión del control adopta la forma caricaturesca de la “desagregación del pensamiento” del “insuficiente proceso secundario”.

Es así que plantea la necesidad de crear **un tercer tipo de procesos** que considera justamente terciarios, y que define como “aquellos procesos que ponen en relación los procesos primarios y secundarios de tal manera que los primarios limitan la saturación de los secundarios y los secundarios la de los primarios”.

Esta puesta en relación constituye un ‘equilibrio inestable’ asociado al campo de la ilusión, descrito por Winnicott. En él, como señala Green “*el trabajo del pensamiento (...) está consagrado al ejercicio de los procesos secundarios, sigue abierto a unos procesos primarios que aseguran la irrupción de la intuición creativa, en el momento mismo de ejercerse la más rigurosa racionalidad*”.

Estas concepciones se asocian de acuerdo a distintos autores a la noción de creatividad, antagónica con la de repetición, y a su vez diferente de la de sublimación.

En realidad, aquí “proceso terciario” alude a la existencia de lo que entendemos como un potencial dador de sentido universal del aparato psíquico que permite que un sujeto en determinadas condiciones “juegue internamente” entre los hechos y la interpretación fantasmática de los hechos.

H. Fiorini es un autor que define la **tópica creadora** como aquel sistema capaz de organizar su eje a partir del trabajo de desorganizar lo dado, de decodificar lo codificado. Desarrolla así la noción de “**sistema creador**” vinculado con los procesos terciarios, a los que les otorga una jerarquía

fundamental porque entre otras cosas, estos *procesos “mantienen las distinciones y oposiciones entre elementos que son propios de los procesos secundarios, pero sin quedar restringido por una lógica de contradicciones y exclusiones (...) contienen entonces conjugadas energías ligadas y desligadas”* (Fiorini, 1995).

Este autor señala también que solo la relación entre lo primario y lo secundario no alcanza para dar cuenta de estos procesos. Remarca el poder modificador y transformador sobre el mundo y sobre el mismo sujeto que conllevan los procesos creadores. Fiorini sostiene “*(...) pensamos que los procesos terciarios son aquellos que pueden con intervención de la conciencia, unir en la paradoja o sostener ligado con lo que se rechaza*”.

El interrogante que entonces surge es: si en general se piensa que el proceso terciario tiene que ver con creación, ¿por qué tiene que ser pensado exclusivamente en relación a procesos que operan sobre representaciones de cosa y de palabra, es decir solo en términos de lo reprimido y lo represor? ¿No estaríamos acaso —y no es poca cosa por cierto— develando lo viejo, gracias a la creatividad que surge de esa relación entre la intuición y el razonamiento, pero sin que estrictamente pueda construirse algo realmente nuevo?

Si lo nuevo es lo que en un tiempo anterior no tenía existencia y ahora la tiene, es porque estaba fuera del preconscious pero no por estar reprimido, sino por no haber tenido nunca representación. De allí que la noción de creación adquiere una dimensión importante cuando pensamos estos problemas desde el campo de lo irrepresentable. Es

decir, de aquello que no tenía una representación previa, y que gracias a los procesos simbólicos justamente, ha creado una.

Hay dos hipótesis que me parecen de decisiva importancia, y que no podemos dejar de ver si queremos comprender ciertas transformaciones técnicas del psicoanálisis contemporáneo. Estas hipótesis proponen, desde una metapsicología freudiana, una nueva mirada de la estructuración y el funcionamiento psíquicos, y son:

1) La presencia en todo sujeto de una estructura narcisista, coexistente con la estructura edípica y que puede, en determinados momentos y/o circunstancias, tomar el comando del aparato mental (Marucco, 1999), como en efecto sucedería en los cuadros que integran la llamada “patología contemporánea”; y

2) El reconocimiento de que la escisión del yo (Freud, 1940[1938]), da lugar a una tercera tópica (Marucco, 1999; Zukerfeld, 1998), en la que coexisten la estructura edípica y la estructura narcisista, no viéndose dicha escisión limitada a psicóticos y perversos, sino siendo por el contrario de una presencia generalizada también en los trastornos narcisistas no psicóticos, e incluso en los neuróticos. Esta nueva propuesta, de una tercera tópica, está extendiéndose en el mundo psicoanalítico y tiene como precedente la del propio Freud acerca de la universalidad de la escisión del yo, como mencionaba antes.

En tanto la estructura edípica se caracteriza porque en ella opera un yo que reconoce la amenaza de castración, rige el ideal del yo e impera la represión, en la estructura narcisista responde al narcisismo primario, persistiendo en ella el yo ideal y la desmentida de la castración.

El análisis de la estructura narcisista en los pacientes nos permitirá adentrarnos en la patología del desamparo (por deficiente libidinización del bebé) y en la patología de la intrusión (persistencia de un vínculo fusional madre-niño).

En cuanto a la coexistencia de una estructura edípica y una narcisista, resulta particularmente acertada la analogía que realiza Marucco, quien compara dicha coexistencia y la superposición entre ambas, con lo que sucede a propósito del cuadro de Dalí que se halla en el museo de Figueras, en el que aparece Gala desnuda y que, si uno se aparta y lo observa a cierta distancia, se convierte en el rostro de Abraham Lincoln.

Esto nos hace recapacitar en que no es posible pensar solo en términos de procesos primarios o secundarios el funcionamiento psíquico. En realidad, conviene precisar que la idea de un proceso primario saturado, correspondería a la clínica del impulso y del desorden del pensamiento, y que la idea del el proceso secundario saturado correspondería a la clínica de la intelectualización y la palabra vacía.

De allí que reformulemos aquella **noción de proceso terciario** más bien como la puesta en

relación con lo escindido o inenarrable, constituyendo una verdadera creación.

Estamos aquí en presencia de un segundo potencial que entendemos como profundamente creador, que opera con lo irrepresentable o con lo escindido, y que diferenciamos de los mecanismos de oposición entre procesos primarios y secundarios.

La resiliencia (que se refiere a la capacidad de los sujetos para sobreponerse a experiencias de dolor emocional y a sus efectos traumáticos) – o mejor dicho los factores resilientes que todos poseemos-, necesitan de la presencia del otro para manifestarse. La investigación empírica desde Bowlby hasta Fonagy en relación a la teoría del apego demuestra el valor decisivo de la vivencia de apego seguro como variable independiente para el desarrollo a pesar de la adversidad.

Es la presencia del otro en el sentido de sostén del impacto, lo que da lugar a que la descarga escindida pierda su eficacia traumática y adquiera otra cualidad.

Este proceso se hace en presencia y junto a otro, y es claro que ambos se modifican porque algo de lo irrepresentable adquiere una representación que nunca tuvo.

Así es que entendemos que esta forma de relación constituye un verdadero proceso creador para el psiquismo, en el sentido de lo nuevo que genera una nueva subjetividad. Es a este proceso al que consideramos realmente como terciario, en el sentido más afortunado del término, porque se trataría de invertir lo nunca investido.

De la resiliencia se deduce que el aparato psíquico posee un potencial hermenéutico, dador y creador de sentido, descubierto por Freud, pero también un potencial creador de valor decisivo para cualquier acción transformadora que permitiría modificar condiciones de adversidad y destinos prefijados. Esta es la oportunidad de la cura.

Bibliografía

1. **Fiorini, H.** (1995): *El Psiquismo Creador*. Buenos Aires. Paidós.
2. **Freud, S.** (1940 [1938]): *La Escisión del Yo en el Proceso Defensivo*.
3. **Marucco, N.** (1980): *Cura Analítica y Transferencia. De La Represión a la Desmentida*. Buenos Aires. Amorrortu. 1999
4. **Zukerfeld, R. y Zonis Zukerfeld, R.** (1989): *Acerca del Inconsciente: La Tercera Tópica Freudiana*. VII Encuentro y Simposio Anual AEAPG. Buenos Aires. 1990(1999): *Psicoanálisis, Tercera Tópica y Vulnerabilidad. Somática*. Buenos Aires.
(1999) Psicoanálisis actual: tercera tópica, vulnerabilidad y contexto social. Publicado en Aperturas Psicoanalíticas n°2 el 05/07/1999

Entre la alienación y el deseo: Los caminos en la formación como psicoanalista

Fernando Anguiano

Analista en Formación, APG

El presente trabajo es una reflexión acerca de los distintos caminos que se pueden tomar para formarse como psicoanalista. Dicha profesión implica una pasión intensa por la teoría, el análisis propio y el análisis de nuestros pacientes, a la mano de la supervisión. Sin embargo en ocasiones se percibe displicencia o falta de empuje en algunos candidatos, o incluso en varios de nosotros en diferentes momentos de la formación; también se puede observar gente muy comprometida con la formación, con las lecturas y el trabajo académico requerido, sin embargo puede estar formando en un “psicoanalista como sí”, o desde lo que Piera Aulagnier llamaría una forma de alienación, en donde el analista idealizó tanto el psicoanálisis, que solo quiere llegar a ser un psicoanalista, y deja de lado la vivencia propia del análisis. Este es un tema difícil de observar a simple vista, como todo en psicoanálisis tiene que ver con manifestaciones latentes del inconsciente de las que intentaré hablar más adelante para poder marcar ciertas diferencias entre una postura y la otra.

Existe también el camino de la verdadera pasión por el psicoanálisis, y que desde mi punto de vista, tiene una fuerte conexión entre el deseo de saber más, leer más y entender más a nuestros pacientes y la otra parte sería el deseo de profundizar más acerca de nosotros mismos, de

nuestro propio inconsciente y nuestros propios demonios. Vivir el psicoanálisis apasionadamente como paciente, es uno de los elementos trascendentales para poder ser un buen analista, más allá de ser el más inteligente o el más agudo de los analistas, la profundidad con que se analice el inconsciente propio, será la misma profundidad a la que se llegue con los pacientes.

Para referirme a las pasiones más intensas del psicoanálisis hablaré por supuesto de la transferencia y me apoyaré en ideas de Green, como mencioné tomaré referencias de Aulagnier. Rescataré ideas de Norberto Marucco sobre el psicoanalista actual y algunas condiciones necesarias para que se dé el encuentro analítico.

André Green: técnica y afecto

Hablar de pasiones en psicoanálisis implica hablar de pulsión. Desde Freud el concepto es medular, algunas escuelas del psicoanálisis han tomado este concepto y nunca lo han perdido de vista, es el caso de André Green y la escuela francesa contemporánea que habla en gran medida de los afectos y de sus implicaciones en la comprensión de los pacientes en análisis. Tener en cuenta la pulsión en el análisis hace un trabajo único y particular del psicoanálisis profundo, más allá de observar los fenómenos conductuales y cotidianos del paciente, la adaptación y los avances “observables” a los que hace tanto caso la psicología del yo.

El trabajo en transferencia es tomado por Green en su libro *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo* (2005) ahí nos habla de una conexión directa a lo inconsciente. Más allá del discurso, más allá de lo manifiesto, el analista nota lo que está sucediendo en la sesión y cuáles son los afectos que se presentan en el paciente mientras relata tal o cual cosa, puede ser que un obsesivo este refiriendo cualquier tema sin ningún sentido, y ese sin sentido es el que tendrá que ser interpretado. Para esto Green nos propone un trabajo cercano en proceso primario y en un segundo momento un pasaje a proceso secundario. Para poderse conectar con lo inconsciente se necesita estar en proceso primario, trabajar con las resonancias contratransferenciales que implican lo corporal y la figurabilidad del analista, hacer cuerpo con el otro, como escribió Kristeva. El encuentro de los inconscientes en sesión se asemeja a una superficie plana, donde por debajo de ésta corren los caminos de la pulsión, en el encuentro de la pulsión con una cierta representación significativa ésta superficie se modifica dando una señal que hace que intuitivamente el analista interprete lo sentido.

Para que se realice la interpretación, hay que pasar a proceso secundario comenta Green; salir de la fusión, diferenciarnos del paciente e interpretar para dar un nuevo sentido, que estaba oculto hasta entonces.

Pienso en los diferentes riesgos y defensas que puede tener el analista para hacer este trabajo de pasaje de un registro a otro. En cuanto a los riesgos pienso en la posibilidad de caer en una transferencia especular, donde el analista crea que

entiende profundamente al paciente y éste acepté toda interpretación del analista para así completarse; al final siempre se busca la completud, ¿no es así?

Por otro lado creo que una dificultad para hacer este trabajo transitorio, esta suerte de vaivén, se manifestaría como una defensa, ya que este tipo de trabajo con pacientes más graves, implica un conocimiento mayor de las propias partes psicóticas del analista, conectarse en proceso primario a esas profundidades podría generar miedo por no poder regresar a proceso secundario, quedarse loco. El dilema está en que si la transferencia está más allá de lo dicho, la única manera de hacer verdadero psicoanálisis, es conectándose a un nivel mucho más profundo, que implica y exige un análisis personal de la pulsión y lo inconsciente. Aun así hay cuestiones que nunca sabremos de nosotros mismos.

Analistas “como sí” o ¿verdaderos analistas?

El encuentro con el paciente emociona, Bion nos indica con una muy citada frase “sin memoria y sin deseo” y esto implica una gran incertidumbre, y más allá de la frase quisiera rondar en la idea de lo inesperado, de lo nuevo que se puede presentar en el análisis, la sorpresa, lo incognoscible. Esta me parece que es una condición apasionante, por lo menos para mí lo es, del análisis, y la vivo como paciente y como analista en formación. Cuando uno asocia libremente, *va y viene* en sesión con libertad y sin expectativas. Al igual como analista cuando uno se sorprende al interpretar algo que no se pensó,

aunque debería ser así todo el tiempo, es difícil dejarse sorprender por el inconsciente en todo momento, sobre todo, en mi caso, sentado en el sillón a diferencia de recostado en el diván.

El proceso de la formación es un proceso en donde se tendrán que ir equiparando estos dos quehaceres, el de ser paciente y ser analista, para que después se integren en una función. La libertad con que vivo mi análisis personal tendrá que estar presente definitivamente en mi consultorio, puede ser temor a equivocarme, o el narcisismo de verme bien, el punto de mi reflexión está en función de ir integrando posturas, aspectos de la formación que van embonando y van dándome una identidad como analista. He escuchado en seminarios que ser psicoanalista es un devenir, y aceptar esa idea está directamente relacionado con la castración; aceptar que no hay lugar, ni posición donde se sepa todo, donde se tenga todo, o donde no sé necesite luchar para avanzar más.

Esta reflexión personal que comparto es para diferenciarla de una postura de la que habla Piera Aulagnier sobre analistas en formación, que están robotizados y los menciona como parte de un sistema de alienación. Aulagnier comenta respecto a estos psicoanalistas en formación: "...la idealización preexistente al análisis y sobre la cual el análisis no puede ejercer ninguna influencia. Esta idealización no apunta al analista, sino al análisis en cuanto práctica, mecanismo, proceso, máquina analizante, poder autonomizado, independiente del saber o del no saber" (1994, p. 56). Tal idealización genera un paciente, analista en formación, plastificado, sin interés real en sí mismo y con una transferencia

sublime hacia un método, más allá de las personas, está él y el psicoanálisis; no hay demanda de cura, dice Aulagnier "Si creo que el análisis de un sujeto que quiere ser analista no va a estar condenado al fracaso, es por lo que yo llamé sufrimiento identificador, esto tiene lugar en su demanda." La motivación del análisis está fundada en resolver los conflictos y parar el sufrimiento. El analista en formación alienado, sólo busca ser analista, aunque no entiende que eso implica mucho más que leer y supervisar. No vive con pasión su propio análisis, no vive ni con temor ni con sorpresa el proceso, le resta emoción, obedece, es parte de una producción de analistas en serie. Recuerdo la reflexión de directivos de la Asociación Psicoanalítica de Guadalajara sobre las consecuencias de hacer de la formación en psicoanálisis una maestría, muchas personas vendrían por un título, por status y no a vivir el psicoanálisis. Compañeros que nunca regresaron y que, según, ya llegaron a un lugar que no existe.

¿Verdaderos analistas? ¿Quién dice? ¿IPA? ¿Qué es eso? ¿Dónde se compra? ¿En Santo Domingo? No hay nada que defina, ni nadie que valide. Sí hay un diploma que entrega la IPA pero iluso sería si creyera que sólo me faltan 2 años para ser analista, digamos que no es definible, aunque hay aspectos que sí nos pueden indicar como sí ser psicoanalista, vivir apasionado, interpretar en transferencia y buscar la sexualidad y el afecto en nuestros pacientes, entre otras miles de cosas. La transicionalidad es la capacidad para aceptar la falta y jugar para enfrentar la vida. Reír para... ¿negar, tolerar o elaborar? Ser analista es una alegría, la alegría de ser tú mismo.

Ser analista es creer y hacer creer, nada de dios y esas cosas, no, Marucco escribe: "... el papel del analista en el ámbito de la clínica actual es lograr en el paciente la convicción de la existencia del inconsciente... creer en el inconsciente convierte al consultante en analizando, de ahí surge la transferencia positiva, la verdadera asociación libre, y a su vez la transferencia a la tarea analítica, verdadera sublimación de la transferencia." (1999, p. 276) considero que ese es el verdadero gusto por analizarse, más allá del objeto analista, lo principal es conocer su propio inconsciente, no importa ya el deseo del analista, claro que siempre regresa el deseo de completarse o de ser ese objeto que completa, pero está es la verdadera condición para ser analista, uno no importa para nada, a eso se refiere Bion "... sin deseo" para que el deseo del otro emerja.

Bibliografía

1. Aulagnier, P. (1994). Los destinos del placer. Editorial Paidós.
2. Green, A. (2005) Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo. Amorrortu Editores.
3. Marucco, N. (1999) Cura analítica y transferencia. Amorrortu Editores.

Transición, Transformación. Pensando la formación psicoanalítica

José Gabriel Hernández Mora

Analista en formación, APM

Parto de la idea de que la formación psicoanalítica ocurre como un proceso interno en el mundo psíquico del futuro psicoanalista y como derivado de la dinámica entre su inconsciente, su psicosexualidad y su particular historia con cada uno de los aspectos formales planteados por el trípode, es decir, los seminarios, la supervisión y el análisis didáctico. Si bien la parte formal delimita un inicio y un término dentro de una temporalidad concreta, podríamos pensar que la transición en el mundo interno del analista, la gestación del *ser* analista, dio inicio aún antes de ser aceptado por el instituto, con la aparición del deseo y continuará aún después de haber concluido la formación propiamente dicha. Los términos transición y transformación me parece que pueden articular la experiencia que bien se puede denominar “estado formativo” al referirse a los movimientos internos experimentados por el analista en la formación psicoanalítica.

Para apoyar lo anterior, recorro a una serie de trabajos en su mayoría hechos por analistas en su época de formación, que versan sobre la experiencia formativa y sobre los intentos de pensarla y de explicarla metapsicológicamente. Pues pienso el estado formativo como uno de los momentos privilegiados para poder hacerlo debido

a la serie de movimientos internos generados por los períodos regresivos derivados de la formación en su conjunto, pero particularmente por el análisis didáctico y por estar en un segmento de la vida profesional y personal que obliga a re-pensarse desde diversos frentes. Diría que aparece una posibilidad de empezar a comprender e integrar la formación misma, aunque esta se consolide mucho tiempo después.

El recorrido teórico

Respecto a la formación analítica Meluk retoma el concepto de la tercera zona de Winnicott y refiere que la formación aparece como un espacio de creación mutua que no es ni el instituto ni los candidatos, pero al tiempo es las dos realidades y se constituye en una nueva realidad y relación con un ordenamiento particular. La idea central en esta autora sería la siguiente:

El instituto, que tendrá la función de ser el contacto con la realidad externa y quien presente las teorías y los lineamientos técnicos, además de brindar un ambiente particular que facilite la experiencia. Si se logra una adecuada adaptación se posibilita que aparezca en el candidato la ilusión de que el instituto-madre en este momento es parte de él... es decir que brinde la posibilidad de integración, personalización y realización dentro de un ambiente que ofrezca sostén, asista de continuidad y presente una cierta realidad, en este caso, la psicoanalítica.

(Meluk, A. 2006, pp.1, 3)

En el mismo sentido se pronuncia Abramoff, sumando un elemento que hace de sostén dentro del estado formativo y que es la identificación, pensándola en su relación con la institución, pues en este periodo se hace observable cómo se vuelven a transitar caminos previamente andados por el desarrollo individual. Ella menciona que:

El yo vuelve a experimentar identificaciones con analista, supervisores y maestros que lo acrecientan sin ninguna duda. Pero quizá en la transformación de una parte de ese Yo en un nosotros institucional es donde exista la posibilidad de la construcción/deconstrucción/reconstrucción constante de un estado de equilibrio que nos obligue a recordar que nuestros gestos pueden tener sentido para otros. (Abramoff, A. 2006, p. 8)

Natalevich (2009, pp. 123-126) también recurre a la idea del espacio transicional y agrega que se tiene que recorrer un largo camino de apropiación que requerirá de la capacidad de poder sostenerse ante las ansiedades que representa la identidad en formación siendo las más significativas aquellas que se refieren a tolerar el no saber, las que surgen de la continuidad y la ruptura y las mediante entre el cambio y la permanencia. Ejemplifica esto a través de los resultados de una encuesta realizada en el instituto de la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre a propósito del término “candidato” que generaba la sensación de un “no lugar”, de un “estar fuera” o un “lugar en blanco”.

Una propuesta que se va hilando con las anteriores arranca desde los trabajos de Kaës, en específico del concepto de “Negatividad”, Borensztein y David relacionan la formación analítica con los fenómenos que aparecen en los dispositivos grupales que tienen la característica de hacer aparecer la dimensión de lo negativo y que posibilitan la emergencia de la angustia de no ser. Y proponen como un riesgo a enfrentar el lugar o la posición que uno ocupa, el cambio de lugar y el ocupar un nuevo lugar, perder puntos de vista anteriores aún cuando la ganancia esté en lo nuevo adquirido. Ubican en un lugar relevante los interjuegos entre la idealización, la formación de ideales y los procesos identificatorios, mismos que son estructurantes de la formación, por ejemplo:

1. *La idealización previa a la elección*
2. *La que interviene en los comienzos de la formación con la consecuente identificación al objeto idealizado. Idealización que tiene en sí misma una cualidad alienante y persecutoria, en tanto sus efectos parecen ser una perpetuación regresiva al vínculo con el objeto y conduce a la repetición*
3. *las formaciones de ideales que, por el contrario, conllevan consigo cierta renuncia a aspectos del sí mismo que posibilitan que se estable un vínculo entre sujetos aptos y capacitados, favoreciéndose así el proceso creativo” (Borensztein, L. y David, N. 2000, 2001, pp.67, 68 y 75)*

Estas autoras consideran que lo que Kaës denomina negatividad de la obligación y que se refiere a operaciones psíquicas de rechazo, renuncia y desmentida a fin de mantener y preservar la organización psíquica debe ser objeto de una renuncia para llegar a conformar parte del vínculo y

nos dan a entender que de esta forma, la posibilidad que se abre es la de la negatividad relativa en donde lo que lo que no ha sido, podría ser, aquello que permanece en trance y en vías de ser constituido, tomará una nueva forma en el psiquismo.

Lugares comunes

Derivado de lo anterior queda claro que para estos autores la formación analítica como proceso se genera entre dos realidades y genera un espacio transicional en donde se tiene la posibilidad de crear, reír, soñar, crecer.

Asimismo, estas propuestas nos ponen retrospectivamente frente a la cuestión de la relación entre la madre y el bebé, siendo la madre-ambiente quien puede crear aquello que aparece como alucinación, dando así paso a la omnipotencia que más adelante tendrá que irse abandonando vía la gradual frustración y ser entonces capaz de crear a partir del revivir estos primeros momentos. Esta sería entonces la metáfora que prevalece detrás de la relación establecida entre el analista en formación con la formación misma, en ese espacio transicional generado por el interjuego, que da posibilidad de crear y de creer a partir de un “entre” dos.

Tendríamos que agregar que no siempre y necesariamente, la madre aun siendo está suficientemente buena, es experimentada como tal, sino que, por momentos puede ser sentida como una mala madre, que no responde como se esperaría a los requerimientos y demandas en ocasiones elevadísimos, que se le frustra y se le rehúsa esa

posibilidad; lo mismo podríamos pensar para el analista en formación. Esta relación tendrá tantos matices como analistas en formación haya y por lo mismo, necesariamente reconducirá a cada uno a revivir las experiencias tempranas con el objeto ahora proyectado hacia la institución, el analista, los supervisores y los pares, quienes serán tomados y usados como elementos de contención que abren sus espacios posibilitando un proceso de crecimiento hacia el ser analista, dando un lugar, un escenario.

Lo anterior nos pone en el camino de pensar que para que esto sea posible será necesario sumergirse no sólo en la teoría y el entendimiento del inconsciente propio. El talento del analista será puesto entonces y antes que nada al propio entendimiento; por talento quiero referirme a aquellos montos de energía libidinal dispuestos para la creatividad y el crecimiento, para la curiosidad y el cuestionamiento. Y que permitan disfrutar o gozar de la novedad que puede experimentarse a través de vivenciar que en su mundo interno se van creando o transformando ciertos elementos, objetos y espacios, aún con la cuota de sufrimiento que esto pueda traer, debido al abandono de ciertos lugares, idealizaciones, formas de pensarse, etc.

Lo anterior deriva en que durante la formación aparezca de continuo la pregunta entre lo que se es, lo que no se es y lo que se va a ir siendo; así lo proponen los autores antes revisados; se instauran momentos de identidades simultáneas. Lo cual podemos pensar como uno de los sucesos que ponen a prueba la capacidad del analista en formación para poder enfrentar la desilusión y la

des-idealización, que llevan hacia la apropiación de la identidad psicoanalítica. Ansiedad y ambivalencia que en parte son contenidas por el dispositivo institucional pero mayormente se elaborarán a través del análisis didáctico.

En este punto se hace necesario repensar sobre las partes que corresponden tanto al analista en formación como al instituto, o bien lo que fantasea el analista en formación versus lo que la realidad exige de ambos. En la revisión anterior, derivada principalmente de las observaciones y trabajo de Winnicott en cuanto a la diada madre-bebé, se hizo énfasis sobre lo que la institución como representante de la madre-ambiente tendría que proveer por ejemplo: contacto con la realidad, límites, teoría, brindar un ambiente facilitador, abrir y generar un espacio que favorezca el pensamiento creativo y crítico que lleve a la independencia. Si bien es cierto que en este estado formativo se posibilita la regresión desde el mismo análisis y desde los diversos fenómenos al interior del instituto, el analista en formación no siempre está operando en proceso primario, es decir, no siempre está ocupando el lugar del bebé, cuenta de ello lo dan las experiencias en los seminarios, supervisiones grupales y juntas clínicas, donde se puede observar con nitidez y alegría el crecimiento intelectual, pero sobre todo, la instauración de la función analítica de los colegas en formación. Todo esto también se observa en las ocasiones de conflicto.

Asimismo, dan cuenta de ello las responsabilidades con las que cumple cada analista con respecto a los gastos, tiempo, trabajo, estudio,

etc., Y que en algunos casos se logra articular exitosamente con una presencia activa en los claustros de analistas en formación, organizando eventos científicos, presentando trabajos en congresos y eventos psicoanalíticos nacionales e internacionales. Esto por supuesto a la par de la vida personal y familiar.

De ahí surge la pregunta: ¿Qué tanto del proceso formativo recae en el candidato? Y ¿qué tanto se debe esperar de la madre-ambiente-institución? Personalmente adhiero a la idea de Baranger (2003, p.1045) que habla de transmisión en lugar de formación, pues de esta forma se hace énfasis en la participación activa de ambas partes. Es decir un analista en formación proactivo e interesado en todos los aspectos de su formación. Paradójicamente podríamos decir que cada analista hace su propia formación. Pero también, en ese sentido para poder crear, se requiere de respuesta en la relación, el “entre” dos al que se han referido los autores citados y que posibilita la emergencia de la tercera zona o lo transicional. En este sentido quizá valga recordar la forma en que lo expone Levin de Said: “El juego del bebé entre el contrajuego materno implica un movimiento, un “entre”, condición propia de la transicionalidad. El fin del objeto transicional no es desarrollarse sino crear un espacio-tiempo transicional: zona de juego, de sueños, religión y cultura”. (2004, pp. 115-120)

Hasta aquí se ha hablado predominantemente de lo transicional, quizá podríamos pensar en alguna articulación con lo transformacional, idea que surge a partir de la cita

anterior, donde se hizo referencia a la cultura, y que nos pone en contacto con el concepto de lo transformacional que Bollas (1997, pp. 30-34.) liga a los fenómenos transicionales, pues supone que ante la creación del objeto transicional, el proceso transformacional se desplaza de la madre-ambiente a múltiples objetos. De esta forma propone que a la fase transicional le precede la transformacional, identificándolo con un pasaje de la experiencia del proceso a una articulación de la misma.

Propone que dentro de una fase de transición se podrá revivir a su vez la necesidad de una experiencia transformacional basada en una relación objetal, misma que ha quedado en la memoria del sujeto y que en momentos particulares de la vida se manifestará a través de una búsqueda en la vida adulta. Es en estos términos que podríamos pensar la necesidad y la búsqueda de experiencias transformadoras en la formación psicoanalítica y que se pueden encontrar por ejemplo en el proceso y relación analíticas donde según Mijolla y Mijolla-Mellor (1996, p.755) es donde se logra en esencia la transmisión del psicoanálisis y donde quedará en el mejor de los casos, analizado el deseo de ser analista y sus motivaciones inconscientes. Otra experiencia la ofrece la relación con los supervisores que brindan además de su experiencia, el ambiente propicio para poder integrar aspectos antes desconocidos en cuanto a la técnica pero sobre todo, la experiencia de aprender en compañía, sin sanción por el no saber, aunado a estos aspectos los seminarios y la experiencia compartida en grupo.

Bollas expone en estas palabras la experiencia transformacional y su búsqueda en la vida adulta:

Un objeto transformacional es identificado vivencialmente por el infante con procesos que alteran la experiencia de sí, un saber más bien existencial, por oposición a uno representativo. La memoria de esta temprana relación de objeto se manifiesta en la búsqueda, por parte de la persona, de un objeto (persona, lugar, suceso, ideología) que traiga la promesa de transformar al self. (Bollas, 1997, p. 34)

En este sentido podemos pensar que el deseo de ser analista trae consigo la necesidad de re-experimentar una transformación a través de la elección profesional y de las gratificaciones que ésta pueda ofrecer. Por ejemplo, Popovsky de Berenstein (1989) habla de la función analítica o el aparato de analizar operando en el psicoanalista, como uno de los elementos esenciales con que se identifica la culminación de la formación analítica. Pero los procesos internos no obedecen a las leyes del proceso secundario o no por completo, y tampoco a la temporalidad concreta, así, podemos pensar que si bien el análisis didáctico concluye, se puede esperar a manera de *après coup*, que los estímulos y autoexploración recibidos no se detendrán y que la construcción de la función analítica, así como el verdadero ser profesional continuarán construyéndose.

El candidato tiene varias tareas

No podemos descartar que este proceso de formación quede exento de resistencias. Si hay resistencia al cambio o cambio en la resistencia, es una de las cuestiones a abordar por cada uno. Es un estado de transición y transformación, los niveles de regresión que por momentos se experimentan son lugar común y me hacen pensar en una frase de una querida colega que decía que al ingresar al instituto uno necesita de nuevo pañal y mamila. A lo cual yo agregaría que como en la vida infantil, también se requiere de la experiencia de tener a otros padres y hermanos pero ahora analíticos, para re-significar su propia historia, para develar o reescribir su novela familiar; es decir, necesita de otros objetos, nuevos juguetes o juegos que le permitan aprender, compartir, pensar y diferenciarse al final.

En este sentido es inevitable hacer referencia a uno de los pilares de la teoría psicoanalítica: el complejo de Edipo, pues como lo señala Dupont, (1989, pp.62-63), éste se expresará en ocasión de los vínculos no sólo con los hermanos analíticos, sino predominantemente en relación a los representantes paternos, a la vez representantes de orden y límites dentro de la institución. Entendemos, pues, que si se matiza todo con la novela familiar, en la formación se reencontrará siempre el conflicto infantil, la rivalidad, lo edípico, lo filicida y lo parricida. Que, en casos extremos, podría obstruir y desfigurar la experiencia transformacional.

Los analistas en formación nos encontramos en un proceso de transición que nos plantea una forma de trabajo y de pensamiento profundo,

psicoanalítico, confrontando de continuo el duelo por lo que se tiene que resignar en el camino hacia el ser analista, aunado a la angustia que puede desencadenar la postura ambivalente, propia de los vínculos significativos y elemento fundamental en un proceso transicional.

Pero de igual forma, cuando esto ocurre, la transición se ve enriquecida por el encuentro y contacto con el saber y la transmisión del psicoanálisis desde diversas formas, ya sea a través del propio análisis, del contacto con los maestros y supervisores, de la lectura de Freud o de otros autores que contribuyen de manera distinta pero no menos importante a acrecentar y solidificar la formación, la identidad y en el mejor de los casos, la pasión. Aunque será en el propio análisis en donde la transmisión toque uno de los puntos más importantes. Gracias a éste y a su vínculo con su analista, el analista en formación podrá analizar y transitar por muchas de las situaciones externas y por los estados internos que en el curso de su práctica profesional y en la misma formación enfrentará, por ejemplo la de no saber todo, la renuncia a la omnipotencia infantil a favor de la construcción de un saber y de una identidad.

BIBLIOGRAFÍA

1. **ABRAMOFF**, A. (2006). El proceso de identificación en la formación psicoanalítica. En Revista OCAL. Trabajos pre-congreso Lima. Versión electrónica: www.fepal.org/index.php?option=com_content&view=article&id=292.
2. **BARANGER**, M. (2003). Formación psicoanalítica. La reforma del '74, treinta años después. En Revista de Psicoanálisis. Vol. LX, pp.1043-1050. Argentina.
3. **BOLLAS**, Ch. (1997). La sombra del objeto. Psicoanálisis de lo sabido no pensado. Buenos Aires: Amorrortu.
4. **BORENSZTEIN**, L. y David, N. (2000-2001). Algunas reflexiones sobre la formación: una articulación con lo negativo. En IPSO Journal. pp. 67-75.
5. **DUPONT**, M. (1989). La práctica del psicoanálisis. México: Pax.
6. **LEVIN DE SAID**, A. (2004). El sostén del ser. Argentina: Paidós.
7. **MELUK**, A. (2006). La formación psicoanalítica. Encuentro y creación en la tercera zona. En Revista OCAL. Trabajos pre-congreso Lima. Versión electrónica: www.fepal.org/index.php?option=com_content&view=article&id=291
8. **MIJOLLA**, A., Y MIJOLLA-MELLOR, S. (1996). Fundamentos del psicoanálisis. España: Síntesis.
9. **NATALEVICH**, P. (2009). Vicisitudes en la construcción de una identidad analítica: entre lo propio y lo ajeno. En IPSO Journal. pp. 122-127.
10. **POPOVSKY** de Berenstein, S. y Fondevila, D. S. (1989). Función psicoanalítica y vicisitudes del vínculo transferencial. Psicoanálisis de APdeBA, vol.XI, no.3: pp. 459-472.

Pensando el Psicoanálisis Relacional

Jorge Luyando Hernández

Analista en formación, APM

Sin duda nos encontramos en un momento de cambios importantes en el entorno que nos rodea, y el psicoanálisis no es la excepción. Después de más de un siglo de su invención por Sigmund Freud, y como resultado del trabajo de muchos autores, en la búsqueda de una comprensión más amplia de los fenómenos de la psique humana, surge el Psicoanálisis Relacional, también llamado Intersubjetivo. Sin embargo, el término “Relacional” parece más adecuado, en función de describir mejor su fundamento teórico, basado en primera instancia en las relaciones humanas, en las que todos nos encontramos inmersos.

Pero ¿cómo surge el Psicoanálisis Relacional? ¿De donde proviene esta manera de entender y hacer psicoanálisis? Esta forma de pensar el psicoanálisis inicia con los estudios pioneros de Sándor Ferenczi, en su Diario Clínico (Ferenczi, 1932), quien siguiendo a Sigmund Freud -que señaló la importancia del vínculo con otro, para la organización y funcionamiento mental del ser humano (Carta 52 a Fliess)- concibe la relación psicoanalítica, como un encuentro entre dos seres humanos que se influyen mutuamente, lo cual genera una experiencia vivida que es la que finalmente se internaliza, siendo de importancia

central tanto la contratransferencia como la transferencia. Para Ferenczi, el intercambio inconsciente entre analista y analizado es un sistema de comunicación en ambas direcciones, que debe ser analizado explícitamente. (Tubert-Oklander, 2006)

Otto Rank es otro pionero que contribuyó al Psicoanálisis Relacional, al señalar la importancia de las relaciones tempranas y su influencia en la interacción terapéutica (Velasco Fraile, 2009). Así como también los trabajos de autores como Grinberg (1956, 1976, 1981), Racker (1960) y Aron (1996), entendiendo estos últimos el psicoanálisis como una práctica bi-personal, donde se plantea una completa fusión y mutua determinación, en el nivel inconsciente, entre los procesos mentales de la diada analítica. Estos autores coinciden con el concepto de Madeleine y Willy Baranger de “la situación analítica como campo dinámico”, en la que “ningún miembro de esta pareja es inteligible dentro de la situación sin el otro”. (Tubert- Oklander 2005)

En los últimos veinte años el Psicoanálisis Relacional se ha desarrollado en Estados Unidos (Tubert-Oklander, 2006; Velasco Fraile, 2009), con las aportaciones del Psicoanálisis Interpersonal de Sullivan. Así como con las de la escuela inglesa de las Relaciones de Objeto, de Kohut, y teóricos independientes como Michael Balint (1968) y

Winnicott. Las perspectivas psicosociales psicoanalíticas de Latinoamérica de Pichon-Rivière y los Baranger, también han tenido una aportación importante, así como las de los intersubjetivistas Storolow, Atwood y Orange; la Psicología del Self contemporánea de Lachmann, Lichtenberg y Morrison; y el grupo de Boston para el Estudio del Cambio Psíquico de Stern y Tronick (Uscanga, 2012).

Inicialmente las ideas de Ferenczi no son bien recibidas, por lo que quedan prácticamente en el olvido alrededor de 15 años. Hasta finales de la década de 1940, es cuando la Escuela Británica de las Relaciones Objetales retoma algunos de estos planteamientos teóricos. Entonces Balint, discípulo de Ferenczi, junto con otros autores como Fairbairn, Winnicott, Milner, Little, Rycroft y Masaud Khan, entre otros, desarrollan una investigación de la influencia de las relaciones con personas reales, así como los contextos sociales y culturales que participan en la conformación del psiquismo.

En América surge el Psicoanálisis Interpersonal de Sullivan y Thompson, rescatando las influencias entre los seres humanos en convivencia durante toda la vida. Estos autores consideran que el psicoanálisis debería intentar esclarecer la compleja entramada de relaciones interpersonales en la que estamos inmersos, considerando el contexto social, político, cultural y económico en la estructuración de la personalidad y de las relaciones humanas (Tubert-Oklander 2006, Uscanga, 2012). El trabajo de Sullivan fue enriquecido por las contribuciones informales de

Fromm, Horney y Fromm-Reichman. Junto con estos autores Sullivan, discrepará de la tendencia psicopatológica centrada en lo individual, defendiendo un modelo basado en que las necesidades humanas son inseparables de lo interpersonal, por lo que no encargarse de lo presente y pasado relacional, es ir en una dirección equivocada. Sullivan establece que las relaciones humanas son un prerrequisito de lo psicológico y una protección para la ansiedad. Mientras tanto Clara Thompson contribuyó a la institucionalización y a los conceptos teóricos del Psicoanálisis Interpersonal. Generándose así dos corrientes con base en la importancia de lo interpersonal en el desarrollo de la personalidad y su influencia en la psicopatología: por un lado Sullivan con la importancia de la empatía y por otro Fromm enfatizando la autenticidad y la confrontación. Además fue de gran importancia para la teoría psicoanalítica relacional, la aportación de Bowlby, con su teoría del apego. (Velasco Fraile, 2009; Uscanga, 2012).

Por otro lado, Kohut y su escuela de la Psicología del Self, plantearon la necesidad humana primaria de relación y de validación por parte de los otros significativos, así como las alteraciones de la personalidad cuando estas son insuficientes, inadecuadas o ausentes, planteando un tratamiento a partir de la relación analítica. Por su parte, Enrique Pichon-Rivière, José Bleger y Madeleine y Willy Baranger desarrollan la comprensión de los aspectos relacionales y holísticos de la situación y el proceso analítico (Tubert-Oklander, 2005).

El psicoanálisis lacaniano ha contribuido al desarrollo del Psicoanálisis Relacional principalmente con dos conceptos. Primero, a partir de la crítica sistemática de la ilusión de un yo único y coherente, que abrió el camino para la teoría actual de múltiples sí-mismos en la misma persona. Y segundo, con su énfasis en la importancia del sistema lingüístico, cultural y social, como una estructura semiótica de relaciones y permutaciones, brindando una base mucho más sólida para el reconocimiento de la impronta que dicho sistema tiene sobre la organización de los procesos mentales del individuo, articulando las perspectivas intra y transpersonal (Tubert-Oklander, 2005).

Para la década de los ochentas del siglo pasado, Greenberg y Mitchell proponen que existen dos modelos básicos de pensamiento psicoanalítico, el Modelo Pulsional-Estructural y el Modelo Relacional-Estructural, con dos formas distintas de entender al ser humano y su concepción del mundo, incluyendo el desarrollo de su psicopatología. (Tubert-Oklander 2006; Uscanga 2012). El primer modelo pertenece a una tradición filosófica, positivista y objetivista, en la que se considera a la persona en su individualidad; en tanto el segundo modelo sostiene que la persona es primordialmente social y que se encuentra inmersa en una matriz relacional, en la que sus satisfacciones son únicamente obtenibles dentro del contexto social. Basada en la “psicología de dos personas” este modelo se interesa en el conocimiento de las subjetividades de los participantes en el proceso psicoanalítico. (Tubert-Oklander 2006)

El Psicoanálisis Relacional plantea un amplio espectro de relación entre dos personas, entre dos subjetividades, con el elemento fundamental de comprender, permitiendo incluir tanto al paciente como al analista en una diada de trabajo (Uscanga 2012). El conflicto desde esta perspectiva, debe entenderse en su expresión interpersonal. La empatía es el eje principal en el proceso terapéutico, para entender los patrones de relación del paciente, que ocurre en el plano consciente, pero sobre todo en el plano inconsciente de las matrices relacionales, que determinan tanto al paciente como al analista, en la compleja relación que ambos viven. (Velasco Fraile, 2006)

Mitchell establece que la teoría pulsional es el marco conceptual de las ideas de Freud (teoría y técnica), que la metapsicología de la teoría freudiana forma parte de su pensamiento, desde las especulaciones más abstractas, hasta las observaciones clínicas más concretas. En últimas fechas se ha observado una evolución en las ideas psicoanalíticas, conformadas desde una visión distinta de la naturaleza humana. Estas nuevas ideas no provienen de la teoría de las pulsiones, sino del llamado modelo relacional, en el que se propone que las relaciones con otros y no con las pulsiones son la esencia de la vida psíquica. (Mitchell, 1983.)

El Psicoanálisis Relacional puede definirse por una serie de presuposiciones que pueden dividirse en cuatro grupos, que son planteados por Tubert-Oklander (2006) y que a continuación se mencionan: epistemológicas, metodológicas, teóricas y clínicas. De los cuales sobresalen las siguientes:

1. Epistemológicas:

- El conocimiento se construye a partir de la interacción entre el sujeto cognoscente y el objeto a conocer.
- La forma del conocimiento es siempre relativa al contexto en el que se da el acto de conocer.

2. Metodológicas:

- Toda descripción o interpretación válida debe incluir la consideración del sujeto que la realiza —sus características, motivaciones, hábitos y presuposiciones— y del contexto en el que se da.
- La unidad mínima de observación en la situación analítica es de dos personas, no de una, por lo tanto,
- El encuentro analítico pone en marcha un proceso analítico impersonal, que evoluciona con una dirección y un sentido, independientemente de las intenciones y la voluntad consciente de ambas partes.

3. Teóricas:

- La mente no es coextensiva con los límites del organismo individual; los fenómenos interpersonales y transpersonales —grupales,

institucionales, políticos, culturales y sociales— también son mentales, si bien se definen por la carencia de un sujeto de los mismos.

- Lo inconsciente es el campo fenoménico revelado por el dispositivo psicoanalítico; comprende todos aquellos fenómenos mentales de los que no se aperciben los sujetos involucrados, sea porque no están siendo percibidos en ese momento —lo inconsciente en el sentido descriptivo— o porque existe un trabajo intencional, pero también desapercibido, para evitar que accedan a la conciencia —lo inconsciente en el sentido dinámico—.
- Los procesos, estructuras, contenidos y funciones mentales del individuo se organizan a partir de sus relaciones con otros seres humanos reales y concretos, dentro de contextos más amplios que también lo son.
- Las experiencias de relación más intensas y significativas —particularmente aquellas que se dan durante los años constitutivos de la personalidad— dejan huellas perdurables en la organización mental del individuo, las cuales se manifiestan como patrones

repetitivos de sus experiencias subjetivas, su conducta y sus relaciones posteriores.

- No obstante, la influencia de la relación con otros seres humanos no se limita a las relaciones del pasado; también los vínculos presentes determinan la experiencia y conducta del individuo.
- La personalidad de un ser humano no es unívoca ni coherente, componiéndose más bien de una serie de patrones relacionales internalizados, los cuales se activan en diferentes contextos y frente a interlocutores diversos; podríamos decir, por lo tanto, que la persona no es un in-dividuo —es decir, una unidad no divisible, como el átomo de la química tradicional—, sino un multi-viduo —o sea, una multiplicidad de personajes internos, algunos de los cuales representan al sujeto y otros, a sus objetos, que coexisten y se relacionan en la sociedad interna de la mente.

4. Clínicas:

- Si la experiencia y la conducta del ser humano depende, en gran medida, de la relación que establece con otros y del contexto en el que se da, lo

mismo es necesariamente válido para el paciente y el analista.

- Por lo tanto, la forma en que el paciente experimenta y se manifiesta en la sesión está determinada en parte por la persona real del analista, es decir, su personalidad, historia, creencias, valores, convicciones, teorías y pertenencias, así como por la naturaleza del contexto en el que se da la relación.
- De la misma manera la experiencia y conducta del analista dependerá también, no sólo de su persona, historia, convicciones, teorías, formación y pertenencias, sino también de las del paciente y del contexto.
- El contexto de las sesiones incluye aspectos sobre los cuales las partes tienen control —el encuadre, que se establece a partir de los acuerdos entre ellas— y otros que son independientes de su voluntad, pero que no por ello dejan de influir sobre su relación y la situación analítica —el entorno físico, climático, político, social y cultural—.
- El resultado de ello es una ampliación de las posibilidades de pensamiento, sentimiento, relación y acción, para

ambas partes, lo que redundará en un incremento de su creatividad, felicidad y libertad.

En el Psicoanálisis Relacional van a confluir todas estas líneas de pensamiento, y aunque con distintos orígenes e historias, sus semejanzas superan por mucho sus diferencias. Esta forma de pensar el psicoanálisis se consolidó y tomó su nombre en Nueva York, en las discusiones del Programa Postdoctoral de Formación en Psicoanálisis y Psicoterapia de la Universidad de Nueva York y en el Instituto William Alanson White, fundándose la Asociación Internacional de Psicoanálisis y Psicoterapia Relacional, radicada en los Estados Unidos, pero con representantes en Canadá, México, Gran Bretaña, Italia, España, Alemania, Suecia, Israel, Nueva Zelanda y Australia.

Sin duda el Psicoanálisis Relacional representa una posición teórica, en la que se plantea entender el psicoanálisis de manera distinta a la postura tradicional positivista y objetivista, que responde a la realidad de finales del siglo XIX, que tanto influía el pensamiento científico en ese momento y del cual Freud, siendo un hombre de su tiempo no pudo escapar. Sin embargo, en la actualidad, tal vez el psicoanálisis pudiera abandonar esta tendencia positivista, contraria a su naturaleza, para que sin perder su carácter científico, se muestre abiertamente interesado predominantemente por la subjetividad, tanto del psicoanalista como del analizando, que resulta la materia prima de su labor.

Esta nueva forma de pensar el psicoanálisis, sintetiza una serie de conceptos que han estado presentes en nuestra disciplina desde sus orígenes. No pretende establecer un “nuevo psicoanálisis”, ni desvincularse del psicoanálisis freudiano donde tiene sus raíces más profundas, como tampoco pregona contar con la verdad absoluta. Promueve un espacio donde todas las corrientes psicoanalíticas puedan conversar en el intercambio de nuevos conocimientos, que permitan a su vez un mejor entendimiento de los seres humanos de cara a este nuevo siglo.

BIBLIOGRAFÍA.

1. ARON, L. (1996). Meeting of minds. Mutuality in Psychoanalysis. London: The Analytic Press
2. FERENCZI, S. y RANK, O. (2005). Metas para el desarrollo del psicoanálisis. Traducción de Pola Mejía Reiss. México D. F.: Epeeel. (versión original 1923)
3. HORNEY, K. (1986). Últimas conferencias. Buenos Aires: Paidós
4. KOHUT, H. (1971). El análisis del self. Buenos Aires: Amorrortu
5. MITCHELL, S. (1993). Conceptos Relacionales en Psicoanálisis: una integración. México D.F.: Siglo XXI
6. TUBERT-OKLANDER, J. (2005). Psicoanálisis y psicoterapia psicoanalítica: un intento de delimitación conceptual. Tesis presentada el 17

de agosto de 2005 en el Centro de Estudios de Posgrado de la Asociación Psicoanalítica Mexicana, para optar por el grado de Maestro en Psicoterapia General.

7. TUBERT-OKLANDER, J. (2005). Tendencias en el Psicoanálisis contemporáneo: el enfoque relacional de la técnica y clínica psicoanalíticas. Trabajo presentado en la Mesa Redonda sobre Tendencias en el Psicoanálisis Contemporáneo, en la Semana de Psicología de la Universidad del Claustro de Sor Juana. México, D. F. 29 de abril de 2005.

8. TUBERT-OKLANDER, J. (2006). El lugar del sujeto en el Psicoanálisis Relacional. Trabajo presentado en el seminario “Filosofía ¿y? Psicoanálisis”. México D.F., Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades. 5 de julio del 2006. Manuscrito no publicado.

11.

9. VELASCO FRAILE, R. (2009). ¿Qué es el Psicoanálisis Relacional?. Clínica e Investigación Relacional. Vol. 3 (1), 58-67. Obtenido de <http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/CEIRPortada/tabid/216/Default.aspx> el 01-07-2010.

10. USCANGA-CASTILLO, A. (2012). La Importancia de la Supervisión en el Desarrollo de la Personalidad Psicoterapéutica. Tesis presentada para obtener el grado de Maestría en Psicoterapia General. Asociación Psicoanalítica Mexicana. México D.F. Junio 2012.

La pulsión ¿Más psíquica que somática?

Guadalupe Vargas Stepanenko

Analista en Formación, APM

INTRODUCCIÓN

Freud aclaró que las pulsiones en todo momento están fusionadas en un grado o en otro. Es decir, que no son puras y que sus manifestaciones sólo podrán observarse a través de sus derivados. Por ello, al hablar de la pulsión sexual de alguna u otra manera queda implícita su oponente, la pulsión de muerte; si consideramos la última propuesta de Freud sobre el tema. Así, las pulsiones interactúan de manera dinámica, como se describirá más adelante.

Es llamativo e interesante el cuestionamiento de si la pulsión sexual en su origen es más psíquica que somática y la liga que existe entre ambas. Aparentemente para algunos psicoanalistas lo somático no es psicoanalítico, únicamente lo es la pulsión como representación. Desde mi perspectiva la pulsión sexual es tanto psíquica como somática, ya que somos seres indivisibles mente-cuerpo. Mi objetivo es intentar sustentar que la relevancia de la pulsión sexual, cuyo origen es el soma, como Freud lo especificó al puntualizar que la fuente de toda pulsión es somática; es equiparable a la de su representación psíquica.

Para iniciar es importante tener en cuenta la diferencia entre pulsión e instinto, siendo el

instinto una fuerza heredada biológicamente. Esta fuerza se observa en los animales, que debido a la filogenia repiten el mismo comportamiento con poca variación en sus características. Por lo tanto éstas son más específicas y responden a un solo fin. A diferencia del animal, en el ser humano al hablar de pulsión nos referimos a un campo mucho más extenso y complejo. Aunque Freud no deja de lado la parte heredada en el humano al referirse a las fantasías originarias (la castración, la escena primaria, etc.), hace un cambio importante al distinguir instinto sexual de pulsión sexual; ya que la pulsión sexual se encuentra ligada a una representación mental.

Freud habla por primera vez, como tal, de pulsión en 1905 en Tres ensayos de teoría sexual (primer ensayo), definiendo a la pulsión como una “*agencia representante **psíquica** de una fuente de estímulos **intrasomática** en continuo fluir*”. (p. 153). Agrega además que lo que va a distinguir a las pulsiones unas de otras, con sus propiedades específicas, es su relación con las **fuentes somáticas** y **sus metas**. Lo que podemos ver es que la fuente de la pulsión se origina en el interior de un órgano, provocando tensión y su fin es precisamente la descarga para suprimir esta tensión vía el objeto. Freud desde antes de 1905 ya se había referido a esta fuerza o energía somática pero no con este concepto específico de pulsión. Por ejemplo en el manuscrito E de 1894 (1950 [1892-99], p. 228) aborda principalmente el tema de las neurosis

como aumento de las excitaciones endógenas producidas en el **cuerpo**, lo cual está implicando una tensión que requiere ser descargada.

En otros trabajos como El proyecto Freud se basa en la neurofisiología para describir procesos de excitación y descarga, que después serán adjudicados a las pulsiones. En otros momentos también se refiere a esta energía sin hablar todavía de pulsión como lo es el manuscrito G (1950 [1892-99]), donde desarrolla el tema que nos ocupa a partir de lo somático. Freud en El proyecto (1950 [1895], p. 363) como neurólogo, investiga a partir del funcionamiento de las neuronas una energía interna en continuo movimiento y una energía externa para mantener un nivel básico constante al cual le llama “*Principio de inercia neuronal*”. Este equilibrio se logra a través de la “acción específica” como dar el pecho al niño para saciar el hambre, dejando en esta satisfacción la primera huella que irá dando estructura al aparato psíquico. Aquí se puede apreciar la continuidad psique-soma a la par que el límite que existe entre lo somático y lo psíquico.

En el primer ensayo de sus tres teorías Freud, al seguir indagando la relación que hay entre el cuerpo y la pulsión sexual, describe a la pulsión parcial, la cual es de suma importancia para este ensayo. La pulsión parcial no es genital en sí misma, se encuentra en forma fragmentaria y se ligan unas parcialidades con otras formando la organización sexual del individuo. Estas pulsiones parciales no las podemos ver como un desarrollo lineal en la sexualidad del individuo sino como una organización que va evolucionando a través de las

vivencias de cada uno. En un bebé por lo tanto estas pulsiones parciales se encuentran en el cuerpo como zonas erógenas.

Estas zonas erógenas son autoeróticas y producen placer en el niño. Freud cuando estudió la sexualidad infantil a través de la psicopatología, describió que la sexualidad infantil es una sexualidad polimorfo perversa. Entonces vemos cómo el autoerotismo es una exteriorización de la sexualidad infantil que se satisface en el cuerpo propio y no en otra persona.

Freud se refiere al autoerotismo en el segundo ensayo (1905, p. 164) cuando habla sobre estas exteriorizaciones de la sexualidad infantil y pone el ejemplo del chupeteo o mamar con fruición, el cual no tiene como fin satisfacer una pulsión de autoconservación como sería el hambre. Incluso le da un significado sexual de placer orgásmico. Describe que primero existe una satisfacción que se produce por la disminución de la tensión que existe en las pulsiones de autoconservación, mamar por hambre por ejemplo. Posteriormente esta zona ya con su representación se independiza de la acción específica para investirse libidinalmente como una zona autoerógena importante para el desarrollo psicosexual. Los labios son una zona erógena que posteriormente en el adulto puede transformarse en perversión dependiendo de si se refuerza esta zona o si hay una represión causando un conflicto intrapsíquico. Si se refuerza entonces ya de adulto puede resultar, por ejemplo, un comedor compulsivo o un bebedor compulsivo. Pero si se reprime, estos pacientes pueden presentar asco

frente a la comida, lo que puede llevar a los trastornos de tipo alimenticio como la anorexia.

En el tercer ensayo (1905) sobre la teoría de la libido describe el análisis de las perversiones y psiconeurosis, y refiere que a posteriori ha podido entender que esta excitación sexual perversa no es sólo genital sino que se encuentra involucrado todo el cuerpo. Un ejemplo del conflicto intrapsíquico de esta naturaleza me recuerda el caso de un hombre que tenía como perversión el excitarse con las vacas. Tocaba sus ubres y se las mamaba y así obtenía placer sexual. La génesis del conflicto de este hombre era que a los 5 años su tío se disfrazaba de vaca y abusaba sexualmente de él. Otro ejemplo que también me llamó mucho la atención fue el de una paciente mía cuyo padre la había violado a los 5 años de edad y ella se había vuelto una prostituta. En alguna sesión ella comentó que se acordaba perfectamente el primer día que el padre había abusado de ella, el vestido que tenía puesto, que la había sentado en sus piernas y hasta el programa de TV que estaba en ese momento.

Un punto que resaltan Laplanche y Pontalis (2008, p. 403) que me llamó la atención, es que al referirse Freud al “a posteriori”, éste describe cómo experiencias precoces van a adquirir un “significado” que anteriormente no tenían, al presentarse vivencias posteriores que provean nuevos significados. En la actualidad esto se conoce como resignificación. Estos autores se preguntan entonces si la experiencia de ser alimentado adquiere un significado sexual una vez que es adquirida la genitalidad. Yo no estoy muy de

acuerdo con esto ya que pienso que desde el inicio de la vida existen sensaciones corporales que provocan placer de índole sexual. Así mismo las fantasías originarias (escena primaria, angustia de castración, etc.) transmitidas por los padres, juegan un papel importante. En el niño y en el adulto, la satisfacción siempre va a tener un componente de tipo sexual que irá tramitando conforme se desarrolle el sujeto.

En introducción del narcisismo (1914), Freud habló de la importancia de la libido yoica, no sólo en cuanto al monto de energía, lo económico del Yo como gran reservorio de libido, sino también en lo dinámico, la capacidad de **“representación”** psíquica del objeto. Por eso es muy importante en la clínica tener presente a la pulsión sexual y sus vicisitudes, así como las fantasías y deseos del paciente.

Me pregunto: ¿en dónde se encuentra el límite entre lo psíquico y lo somático?. Freud en Pulsiones y destinos de pulsión (1915) describe el término de **“frontera”** entre lo psíquico y lo somático como un representante de estímulos provenientes del cuerpo hacia el alma, aunque ya el término de representación lo había descrito en el caso Schreber.

¿Cómo estos estímulos se pueden representar en el psiquismo?. Freud explica que a través de la **“Agencia representante representativa”**. **“Ninguna pulsión puede ser objeto de consciencia, solo a través de su representación y ni aún dentro del inconsciente puede encontrarse de manera libre, sólo representada”**. Por esta agencia es

entonces que las representaciones se encuentran investidas con un monto de energía a la que Freud llamó Libido. (Freud, 1915; p. 108)

Entonces podemos ya entender cómo la pulsión para que sea representada en el psiquismo cuenta con ciertas características como lo son: **la fuerza** que siempre es constante y que puede dirigirse hacia el exterior o hacia el interior del cuerpo. **La meta** que lleva a la satisfacción o descarga. **El objeto** de la pulsión que es hacia quien va dirigida esta fuerza, y que es lo más variable de la pulsión. Y **la fuente** de la pulsión que es somática y este punto es clave, ya que es a través del cuerpo que esta fuerza se va a representar en el psiquismo.

Freud en Tres ensayos de teoría sexual (1905), en el tercer ensayo habla de libido refiriéndose a la energía de la pulsión sexual. La libido yoica representa la excitación sexual en todo el cuerpo. Cuando se invisten los objetos sexuales, Freud llama a esta libido, libido de objeto, misma que es representada a nivel psíquico. Así también habla de la libido narcisista entre otros tipos de libido siendo ésta una energía que se retira del mundo externo reconduciéndose hacia el interior del yo, como un gran reservorio libidinal. Continúa en Introducción del narcisismo (1914) describiendo esta investidura originaria a la cual le llama narcisismo primario. Esta investidura posteriormente se transfiere hacia los objetos sin dejar a un lado la primaria. En este trabajo Freud une a las dos pulsiones, la sexual y la pulsión del Yo o de autoconservación y habla de libido pero sin restarle importancia a las pulsiones autoeróticas

como iniciadores primordiales en el desarrollo del Yo.

Se puede ver como entonces este Yo al inicio es una proyección de la superficie corporal o el equivalente a la imagen corporal inconsciente que se forma a partir de las inscripciones de la madre. Por lo tanto esta imagen tiene una parte propia y otra ajena.

Como habíamos visto, Freud se basaba en la psicopatología para describir la normalidad y en Introducción del narcisismo (1914) además de describir a las parafrenias, se refiere también a la hipocondría como buen ejemplo de lo que representa en esta patología la dualidad mente-cuerpo, ya que el hipocondríaco retira su libido de los objetos y la inviste sobre un órgano específico.

En más allá del principio del placer (1920) vuelve a hacer alusión a lo que había mencionado ya en El proyecto: que es importante mantener la cantidad de excitación lo más baja posible para obtener placer. En este trabajo le llama al principio de inercia, “principio de constancia” (1920, p. 34).

Aquí describe que las pulsiones son *la fuente más profunda de excitación en el interior del cuerpo, siendo éste el “elemento más importante y oscuro de la investigación psicológica”*. (1920, p. 34).

CONCLUSIONES

Después de realizado este recorrido por la conceptualización freudiana en torno a la pulsión sexual, para poder contestar a la pregunta de si ésta es más psíquica que somática, pienso que no es más una que la otra. El origen somático es igual de

importante que el origen psíquico y Freud prácticamente en todos sus escritos así lo describe, ya que la pulsión es el representante psíquico de fuerzas somáticas en continuo interjuego. Strachey hace referencia a esta descripción de Freud en las cartas 70 y 71. (1950 [1892-99], p. 113 y 114) donde dice que en los niños pequeños ya se encuentran presentes impulsos sexuales sin ninguna necesidad de estimulación externa, refiriéndose a estimulación externa de tipo sexual, genital, ya que siempre existe la estimulación desde el cuidado del otro. Por lo tanto, lo sexual no puede reducirse a lo genital y ésta es una de las grandes aportaciones que hace Freud y por eso fue descrito como pansexualista, ya que la concepción corriente del término sexualidad se refiere a la genitalidad.

Por lo tanto, las pulsiones sexuales se apuntalan al inicio en la satisfacción de las pulsiones somáticas para posteriormente poder invertir al primer objeto externo que es la madre dejando la primera huella o representación mental.

Entonces podemos ver cómo esta fuerza pulsional deviene primero de la imagen corporal hacia el autoerotismo para formar el narcisismo primario (Yo ideal) y posteriormente invertir al objeto externo y establecer tanto el ideal del Yo como el narcisismo secundario.

En conclusión, al hablar de pulsión no podemos separar lo psíquico de lo somático, ni darle mayor relevancia a alguna de ellas. Lo único que podemos entender es que existe una frontera o límite entre los dos elementos que conforman la pulsión.

BIBLIOGRAFIA

1. Freud, S.,(1905) Tres ensayos de teoría sexual, en *Obras completas*, trad. JL Etcheverry, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, Tomo VII.
2. Freud, S., (1950 [1892-99]) Fragmentos de la correspondencia con Fliess, en *obras completas*, trad. JL Etcheverry, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, Tomo I.
3. Freud, S., (1950 [1895]) El proyecto, en *obras completas*, trad. JL Etcheverry, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, Tomo I.
4. Freud, S., (1915) Pulsiones y destino de pulsión, en *obras completas*, trad. JL Etcheverry, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, Tomo XIV.
5. Freud, S., (1914) Introducción del narcisismo, en *obras completas*, trad. JL Etcheverry, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, Tomo XIV.
6. Freud, S., (1920) Más allá del principio del placer, en *obras completas*, trad. JL Etcheverry, Buenos Aires: Amorrortu, 2003, Tomo XVIII.
7. Laplanche, J y Pontalis, J., 2008, Diccionario de psicoanálisis, *Sexualidad*, Editorial Paidós Mexicana, México, 2008.

Capacidad de amar y trabajar

Trabajos Clínicos y Vivenciales



Formación, Serie Metamorfosis

Liza Mariottini, Artista Plástica Argentina

Sobre algunas dificultades técnicas relacionadas con la perversión, la transferencia y la contratransferencia

Patricia Burgos

Analista en formación, APM

En ocasiones he escuchado que si llegase a ocurrir que el analista no cobre al paciente alguna sesión, esto constituye una actuación perversa del analista. Resultaría útil especificar algunos ejemplos para analizar en qué consiste dicha perversión, así como posibles causas y consecuencias de la misma en el tratamiento. Se debe tener en cuenta que cada tratamiento es singular, pero que, a pesar de esto, es necesario tener mayor comprensión de los factores que podrían estar implicados en ciertos manejos técnicos inadecuados, en términos generales.

En tratamientos de niños y adolescentes, por ejemplo, a veces los papás insisten en que las vacaciones del terapeuta coincidan con las de la escuela y ante la negativa del analista deciden suspender el tratamiento; el ejemplo consistiría en que, en lugar de lo anterior, el analista acceda y no cobre dichas sesiones (ajustando sus propias vacaciones a las del paciente y no al revés). También puede ocurrir que el paciente se enferme repentinamente y llame al analista solicitando un cambio de horario con una hora de anticipación o incluso a la hora en la que hubiera iniciado su sesión, ante lo que el analista debería decir que ya no es posible; una vez más, el ejemplo sería que, inesperadamente, el terapeuta acceda a la petición

y reagende la cita, en lugar de su cancelación con el debido cobro.

Es claro que la teoría de la técnica establece el concepto de encuadre y la importancia de mantenerlo en el tratamiento, pero en ocasiones, quizá debido a la inexperiencia, en combinación con una transferencia y una contratransferencia no elaboradas, el analista rompe dicho encuadre —o permite que el paciente lo rompa; aún a pesar de que esto le resulte molesto al analista o de que se dé cuenta él mismo que ha actuado algo, pero sin comprender bien qué y sin haberlo podido evitar en el momento en que ocurrió.

Lo anterior hace necesario puntualizar el concepto de contratransferencia que se está utilizando. Laplanche y Pontalis (1996) describen que “desde el punto de vista de la delimitación del concepto, encontramos grandes diferencias: algunos autores designan como contratransferencia todo aquello que, por parte de la personalidad del analista, puede intervenir en la cura; otros, en cambio, limitan la contratransferencia a los procesos inconscientes que la transferencia del analizado provoca en el analista. Daniel Lagache admite esta última delimitación y la precisa subrayando que la contratransferencia, entendida en este sentido (reacción frente a la transferencia del otro), no se da solamente en el analista, sino también en el analizado. **Considerando el conjunto del campo analítico, convendría**

distinguir, en cada una de las dos personas presentes, lo que es transferencia y lo que es contratransferencia.” El subrayado es mío, para señalar que en el análisis de las posibles causas de la actuación del analista pretendo encontrar lo que corresponde a la transferencia del analista, por un lado, y, por el otro, lo que corresponde a su contratransferencia dentro del vínculo con el paciente.

¿Qué es lo que podría estar transfiriendo el analista?

Cabe recordar que la transferencia, según Laplanche y Pontalis (1996), es “el proceso en virtud del cual los deseos inconscientes se actualizan sobre ciertos objetos, dentro de un tipo de relación establecida con ellos... Se trata de una repetición de prototipos infantiles, vivida con un marcado sentimiento de actualidad.” Considero que cuando el analista muestra esa aparente condescendencia con el paciente, posiblemente está actuando un deseo narcisista de ser idealizado por el paciente; de ser reconocido como bondadoso. Además, siguiendo los ejemplos mencionados al inicio, parecería que con esta acción, el analista trata de evitar que el paciente abandone el tratamiento. Y, por lo tanto, lograría así mantener la ilusión de que hace bien su trabajo y que por eso el paciente permanece en tratamiento; en lugar de tener que enfrentarse a la herida narcisista que dicho abandono podría representarle. Lo anterior, constituiría una regresión de la libido a un funcionamiento predominantemente del estadio narcisista -egoísta por naturaleza-, en lugar de un predominio de la fase objetal de la libido. Dicho predominio de un

funcionamiento de la libido objetal, sería indispensable en el trabajo con ese otro ser humano que es el paciente. Se observaría así una alteración en la distribución de la libido debida a una alteración en el yo (Freud, 1914), es decir, una defensa de éste ante la amenaza de castración y la amenaza de abandono.

Rosenfeld (1990) afirma que:

El deseo y expectativa que interfiere en el análisis y que resulta perturbador para nuestros pacientes; es nuestro deseo narcisista de hacer las cosas bien o de tener un paciente que nos proporcione satisfacción en nuestro trabajo, y así, indirectamente, nos haga sentirnos más contentos con nuestras capacidades terapéuticas... estas necesidades narcisistas hacen que el analista sea propenso a desempeñar un papel con el paciente y a implicarse personalmente. (Págs. 50-51).

Por lo tanto, acceder a las peticiones del paciente podría ser una defensa omnipotente por parte del analista, que impediría la emergencia de los deseos inconscientes del paciente; es una manera de evitar que el inconsciente del paciente emerja y de lograr que además nos esté agradecido por ello – sin mencionar que también nos ha evitado un estado de ansiedad, frustración y/o dolor.

En otras palabras, parece ser que es una acción sintomática que pervierte la transferencia del paciente, pues se promueve con ella una regresión para que la libido quede fijada en un funcionamiento predominantemente narcisista (anterior al objetal).

Recordemos que los síntomas “son el sustituto –la transcripción, por así decir- de una serie de procesos anímicos investidos de afecto, deseos y aspiraciones, a los que en virtud de un particular proceso psíquico (la represión) se les ha denegado {frustrado} el acceso a su tramitación en una actividad psíquica susceptible de conciencia.” (Freud, 1905).

Si el analista logra reconocer esto, hacerlo consciente y reconocerse como sujeto en falta, asumiendo la castración y resistiéndose a la gratificación narcisista, podrá, en realidad, hacer bien su trabajo –aunque el paciente decida suspender su tratamiento.

Por otro lado, ¿en qué consiste la contratransferencia del analista?, ¿qué podría estarse gestando en la díada analítica?

Pareciera que la actuación del analista refleja un vínculo sado-masoquista entre él y el paciente, una relación de dominio-sumisión, correspondiente a la fase sádico-anal.

En *Tres ensayos de teoría sexual* (1905) Freud afirma que todos los seres humanos tenemos mociones pulsionales perversas como parte normal del desarrollo, y que la patología está determinada por el grado en el que dichas mociones perversas se constituyen en toda la actividad sexual de la persona; lo cual, en el adulto, significaría una prevalencia del estado infantil de su sexualidad. Entre los dos extremos -que serían, por un lado, las perversiones sexuales y, por otro, la sexualidad llamada normal- se podrían ubicar personas que logran “una sofocación (represión) insuficiente [de las pulsiones parciales o perversas], a raíz de lo cual

pueden atraer a sí mediante un rodeo, en calidad de síntomas patológicos, una parte considerable de la energía sexual.” Es así que las actuaciones -tanto del paciente al pedir una concesión, como del analista al otorgarla- podrían ser la manifestación de una pulsión parcial o perversa de ambos, y estas pulsiones serían de carácter sádico y masoquista predominantemente.

Freud (1905) también menciona que las pulsiones parciales generalmente se presentan en pares de opuestos y que la pulsión de crueldad se configura en una parte activa y otra pasiva; lo cual está en relación estrecha con la ambivalencia afectiva. Además afirma que “el sadismo y el masoquismo ocupan una posición particular entre las perversiones, pues la oposición entre pasividad y actividad –es decir, la doble configuración de la meta sexual, en su forma activa y pasiva- que está en su base pertenece a los caracteres universales de la vida sexual.” El sadismo, puede ser entendido como “una actitud meramente activa, o aun violenta, hacia el objeto sexual” y el masoquismo “abarca todas las actitudes pasivas hacia la vida y el objeto sexuales”. Para la configuración del masoquismo pueden contribuir “una vasta serie de factores que exageran y fijan la originaria actitud sexual pasiva (complejo de castración, conciencia de culpa).”

Es así que, analista y paciente podrían ser ubicados en una actuación predominantemente infantil de su sexualidad. El analista, quizá, al percibir la castración a la que lo enfrenta el paciente; así como la culpa por sentir que su trabajo no es lo suficientemente eficaz, asume una posición masoquista y se deja controlar por el paciente. Por

otro lado, el paciente está satisfaciendo una necesidad de control y maltrato. El analista, en el momento de la actuación, asume un rol pasivo, mientras que el paciente uno activo. El riesgo no sólo se constituye por el hecho de que ambos están inmersos en una dinámica de actuación-gratificación perversa, sino también porque el analista, al no hacerse consciente de esto no promueve el proceso de elaboración terapéutica – que es su obligación- y, en cambio, favorece la compulsión a la repetición que llevará el análisis a un impasse o algo peor. Además, se observa que en ambos -analista y paciente- prevalece la gratificación narcisista que perpetuará la no elaboración.

Otro riesgo presente al mantener este tipo de vínculo es que, debido a que las metas pasiva y activa de la pulsión están presentes en todo ser humano, lo más probable será que el masoquismo del analista se convierta en sadismo en algún momento del tratamiento; ante lo que el paciente asumirá también su respectivo rol masoquista. Si no es que ya, en sí, este establecimiento de la compulsión a la repetición ejerce una violencia sobre el paciente –con un disfraz de aparente bondad.

En otras palabras, la ambivalencia del paciente y del analista -presente en todo vínculo- al no ser explicitada y elaborada, será escenificada en la díada constantemente mediante el vínculo sado-masoquista y controlador, propio de la fase sádico-anal.

Por lo tanto, es fundamental considerar que en todo tratamiento y por el bien de la díada, debe haber una renuncia narcisista por parte del analista.

Esto representa una alianza con *Eros*, una alianza libidinal; de lo contrario, se establece más bien una alianza con la silenciosa pulsión de muerte. Este trabajo elaborativo por parte del analista favorece una mezcla de la pulsiones en la que prevalece la pulsión de vida; tratando de superar las tendencias masoquistas y sádicas que postula Freud (1924).

En palabras sencillas: decir “no” al paciente, en ciertos tratamientos, sería inhibir la meta de la pulsión parcial, de la pulsión perversa; fortalecer la inhibición que sirve al *yo* para intentar simbolizar, ligar a representaciones, en lugar de satisfacer los deseos del *ello* –tanto del analista como del paciente. Es decir, asumir la realidad y la castración, renunciar a la omnipotencia y tratar de elaborar. Favorecer la sustitución del principio de placer por el principio de realidad. Contrariamente, con ciertos pacientes, evitar decir “no” podría constituir un trabajo al servicio de la pulsión de muerte porque contribuye a desvincular, a desligar y mantener la compulsión a la repetición, la desmezcla de las pulsiones y el funcionamiento regresivo de tipo perverso.

Lo anterior ilustra, que una manera de superar las dificultades técnicas es confrontarse con nuestros propios deseos inconscientes, con nuestros afectos y resistencias, con nuestra sexualidad. Es decir, analizando y elaborando constantemente nuestras transferencias y contratransferencias como analistas, es como podemos acompañar a los pacientes a hacer lo mismo. De lo contrario, muchas actuaciones dolorosas y anti-análisis ocurrirán.

BIBLIOGRAFÍA

1. FREUD, S. (1905). *Tres ensayos de teoría sexual*. Obras Completas. Tomo VII. Argentina: Amorrortu.
(1914). *Introducción al narcisismo*. Obras completas. Tomo XIV. Argentina: Amorrortu.
(1924). *El problema económico del masoquismo*. Obras Completas. Tomo XIX. Argentina: Amorrortu.
2. LAPLANCHE, J.; PONTALIS, J-B. (1996). Diccionario de psicoanálisis. España: Paidós.
3. ROSENFELD, H. (1990). *Algunos factores terapéuticos y antiterapéuticos del trabajo del analista*. En: Impasse e interpretación. Madrid: Tecnipublicaciones.

Formación Analítica

Vocación y pasión por el psicoanálisis

Mónica López Peñafiel

Analista en formación, APM

El presente trabajo es una reflexión personal acerca de todo lo que implica para mí formarse como psicoanalista.

Sin duda, es una decisión difícil de tomar si uno está consciente del compromiso que esto implica; y no me refiero a lo que comúnmente se escucha entre los analistas en formación que tiene que ver con el tiempo que hay que invertir en los seminarios, las supervisiones, el análisis personal; el trabajo excesivo que se requiere, las distancias que hay que recorrer en esta ciudad tan complicada, y desde luego, el costo económico que tiene la formación analítica. Todo esto es cierto y requiere de un gran esfuerzo llevarlo a cabo. Sin embargo, tengo la impresión de que muchos analistas en formación, a veces no se dan cuenta del compromiso interno que implica ser psicoanalista y del enorme trabajo psíquico que hay que hacer para lograrlo.

Es común escuchar entre los candidatos quejas constantes por tener que ir a análisis varias veces por semana y por tener que cubrir determinadas horas de supervisión; incluso se observa un importante desinterés por asistir a los seminarios cada semana. Sin mencionar la apatía y el poco entusiasmo por los eventos científicos, para presentar trabajos en los congresos y hasta en lo

que se refiere a eventos sociales, cuyo único objetivo es divertirse y convivir.

En ocasiones parecería que es un verdadero martirio la formación. Y es cuando uno se pregunta: ¿Para qué nos estaremos formando como psicoanalistas? ¿Realmente habrá dentro de nosotros una vocación para ser psicoanalistas? ¿Cuáles serán las motivaciones conscientes e inconscientes que nos llevaron a elegir esta difícil profesión? ¿Porqué lo que se siente muchas veces en el ambiente es un enorme sufrimiento en vez de un disfrute y una gran satisfacción de que se está llevando a cabo lo que supuestamente uno más anhela? ¿Dónde está la pasión que es absolutamente indispensable en esta disciplina para poder adentrarnos en lo más profundo de nuestro ser y para poder acompañar a nuestros pacientes en esta experiencia de vida única e irrepetible que es el análisis? ¿Qué estará pasando con los análisis de los candidatos que se encuentran tan desmotivados? ¿Podrá alguien que no se compromete totalmente con su formación llegar a ser psicoanalista?

Desde luego, no todo el mundo tiene la obligación de realizar un intenso y exhaustivo trabajo psíquico, pero alguien que desea ser psicoanalista sí tiene esa obligación y debería asumir ese compromiso. El instrumento de trabajo del analista es su propia persona, su mundo interno, su inconsciente; y creo que si alguien no está convencido, o no desea, o no puede, por la razón que sea, adentrarse en las profundidades de

su inconsciente y comprometerse internamente con su proceso de formación y de análisis, no debería formarse para ser psicoanalista, ya que difícilmente lo podrá lograr, y estará, entonces sí, invirtiendo demasiado tiempo y esfuerzo en algo que no tiene ningún sentido. Y a lo mejor eso es lo que a veces se observa en los institutos de psicoanálisis, candidatos que no tienen idea de cuál es el sentido de tanto esfuerzo.

Para Brodbeck (2008) la efectividad de la práctica y la técnica analítica, depende de manera esencial de la capacidad personal del analista. Es la persona y su relación con el inconsciente lo que conforma una parte importante de la muy personal habilidad del analista.

Reich (1967) afirma que el analista debe de estar libre de inhibiciones y debe poseer además un "don especial". Este don especial tiene que ver con lo que yo llamaría "vocación analítica".

Siempre recuerdo las palabras de André Green cuando vino a México hace algunos años; él afirmaba convencido que el haber realizado una formación analítica y haber recibido el título de psicoanalista, no te convertía necesariamente en psicoanalista. No podría estar más de acuerdo con ésta afirmación.

Todo esto me lleva a pensar: ¿Qué estará pasando con la transmisión del psicoanálisis? ¿Porqué se estará perdiendo esa pasión y ese interés por ese legado tan maravilloso que nos dejó Freud? ¿Porqué estará dándose una especie de huída hacia una infinidad de técnicas más prácticas y sencillas que ya tienen muy poco o nada que ver con el psicoanálisis? ¿Qué podemos hacer nosotros, los

futuros analistas para preservar el psicoanálisis y transmitirlo?

No se puede negar que la formación analítica no es nada fácil, es un proceso devastador en muchos sentidos pero también fascinante, ya que uno no sólo se forma como psicoanalista, sino también se forma como ser humano, con todo lo que eso implica. La formación analítica es antes que nada una formación para la vida, en donde se pone en juego lo más íntimo de nosotros mismos, nuestras pulsiones, nuestros deseos, nuestra manera de vincularnos con el otro, nuestras fantasías y nuestros miedos más profundos.

Reich (1967) menciona que incluso los preparativos para un viaje, al cual Freud comparó el análisis, tienen gran relación con el viaje mismo y pueden decidir su éxito o su fracaso. Utilizando esta comparación que hace Reich, yo pensaría la formación analítica como el proceso preparatorio para todos los viajes que tendrá que hacer el futuro analista con cada uno de sus pacientes. Así mismo, el candidato se encuentra a lo largo de toda su formación, realizando su propio viaje hacia su inconsciente en compañía de su analista, viaje al que conocemos como análisis didáctico.

Considero que el análisis del candidato es, por mucho, la parte más importante de su formación (sin que esto reste importancia a la supervisión y a los seminarios), ya que sólo en el propio análisis uno puede conocer y estar en contacto con su inconsciente a través del análisis de sus sueños, de sus fantasías y por supuesto de la transferencia. Quien no ha vivido la experiencia

intensa de la transferencia con su analista, nunca podrá ser psicoanalista.

Es en la transferencia donde se revive la relación del sujeto con sus figuras parentales, y especialmente la ambivalencia pulsional que caracteriza dicha relación; este interesante fenómeno no se da solamente en el análisis personal con el analista, se da también de manera muy particular e intensa dentro de la Institución analítica, con los supervisores, con los maestros y con los compañeros de formación.

Freud (1912) en su ensayo sobre la dinámica de la transferencia afirma que la lucha entre médico y paciente, entre intelecto y vida pulsional, entre discernir y querer actuar, se desenvuelve casi exclusivamente en torno de los fenómenos transferenciales; y que es precisamente en el campo de la transferencia en donde se llevarán a cabo las batallas decisivas por la recuperación de la salud psíquica. Esto mismo va a ocurrir en la formación analítica, en donde de manera constante se tendrán que librar estas batallas internas indispensables para poder llegar a ser psicoanalista.

El estadio que Freud (1908) designa como la novela familiar del neurótico, lo podemos encontrar en las relaciones que se establecen entre los candidatos, con sus analistas, sus supervisores y sus maestros. La formación analítica, y el análisis didáctico como parte de ésta, nos brindan una gran oportunidad para librarnos de los menospreciados padres y hermanos originales, y sustituirlos por otros. Aunque también afirma Freud, con justa razón, que esa sustitución de ambos progenitores o del padre solo, por unas personas más grandiosas,

descubre que estos nuevos y más nobles padres están íntegramente dotados por rasgos que provienen de recuerdos reales de los padres inferiores verdaderos, de suerte que el niño en verdad, en este caso, el analista en formación, no elimina al padre, sino que lo enaltece. Este afán de sustituir al padre verdadero por uno más noble, no es sino expresión de la añoranza del niño por la edad dichosa y perdida en que su padre le parecía el hombre más noble y poderoso, y su madre la mujer más bella y amorosa.

Todo esto conlleva, dice Freud, una particularísima actividad fantaseadora que se apodera del tema de las relaciones familiares.

Freud señala, que una notable variante de esta novela familiar consiste en que el héroe fantaseador reclama para sí mismo la legitimidad, a la vez que elimina por ilegítimos a sus otros hermanos. Estos hermanos y estos padres están representados de manera muy clara en la formación analítica por los pares: compañeros, hermanos y primos analíticos; así como por las figuras paternas de autoridad: analistas, supervisores y maestros, que se convertirán automáticamente en padres, abuelos y tíos analíticos y jugarán un papel fundamental en el desarrollo del proceso de formación de cualquier candidato.

Pero todo este proceso interno tan importante y tan rico en contenido emocional, no podrá darse si el candidato no se compromete desde lo interno e involucra todo su ser en su formación. Será entonces una formación vacía, sin pasión, sin satisfacción y sin dolor; no será una experiencia humana de vida, sino únicamente una formación académica sin toda la fuerza pulsional de Eros. Y no

puede haber psicoanálisis sin libido, sin pasión, sin sexualidad, sin deseo.

Para Nasio (1996) "Formar psicoanalistas es favorecer en ellos la percepción del deseo sexual, allí donde éste se prueba aparentemente inexistente".

Entonces: ¿Cómo podría existir un analista en formación sin pasión por el psicoanálisis?

Desde luego no se puede hablar de "pasión" sin hablar de "pulsión". Freud (1915) en "Pulsiones y destinos de pulsión", afirma que las pulsiones, y no los estímulos exteriores, son los genuinos motores de los progresos que han llevado al sistema nervioso (cuya productividad es infinita) a su actual nivel de desarrollo. Señala que las pulsiones son las que compelen al yo a una actividad hacia el mundo exterior.

Por otra parte Brodbeck (2008) pone especial énfasis en la ansiedad, como fenómeno inevitable que va mano a mano con la formación analítica. Señala que existe un miedo a los otros entre los candidatos; un miedo a un estilo relativamente cruel o severo de discusión dentro de los seminarios.

Candidatos de la Asociación Psicoanalítica Alemana (1997-2003) describieron el ambiente de los seminarios clínicos como un ambiente tenso, amenazador, opresivo y muy cargado de ansiedad. Mencionaron que esta tensión venía de los participantes del grupo más que de los maestros o supervisores. (Brodbeck 2008).

La impresión de Brodbeck, como candidato de dicha asociación era que los candidatos no siempre hacían las cosas fáciles para sus compañeros y maestros. Señala que existía gran rivalidad entre colegas así como una atmósfera estrictamente

demandante, un clima de evaluación constante, miedo a hacer el ridículo, miedo por el colega, miedo a que uno pudiera lastimar a otro candidato con una observación abierta, lo cual desde luego, tenía un efecto inhibitorio en cualquier discusión.

En lo personal, he observado con preocupación a lo largo de mi formación este fenómeno de cuidado excesivo por el otro. Hay una dificultad entre nosotros los candidatos para hablar abiertamente en los seminarios, en las supervisiones, en las juntas clínicas, en las mesas de discusión; hay un cuidado muy particular que se tiene en cada cosa que se va a decir y nunca me ha quedado muy claro el porqué de esta situación, que no lleva más que a una inhibición en el aprendizaje y en la participación activa de todos.

Esa imposibilidad de hablar abiertamente, de expresar nuestras opiniones con libertad, no nos permite enriquecernos mutuamente y limita nuestro crecimiento de una manera realmente lamentable.

Me pregunto si vamos a poder escuchar a nuestros pacientes si no podemos escuchar la opinión abierta de un colega o de un maestro sin sentirnos atacados o juzgados. ¿Cómo vamos a poder ser auténticos y hablar con la verdad a nuestros pacientes si no podemos ser auténticos y hablar abiertamente ni siquiera en nuestro proceso de formación? ¿Estaremos siendo sinceros y auténticos en nuestros análisis personales? ¿Porqué si los candidatos somos personas adultas, supuestamente analizadas, no podemos decirnos las cosas como son y escucharnos con madurez sin tener que comportarnos siempre de manera políticamente correcta para quedar bien quién sabe con quién? ¿No nos damos cuenta del

daño que nos hacemos con este comportamiento tan poco genuino y honesto?

Muchos candidatos de los entrevistados en Alemania, afirmaron que deseaban haber tenido el valor y el coraje de expresarse críticamente durante su formación. No dejemos que esto nos suceda también a nosotros.

Por último, coincido con Bleger (2012) en que no existe ni puede existir una formación psicoanalítica perfecta ni una Institución Psicoanalítica ideal, ya que el objeto que tratamos de transmitir, el inconsciente, escapa a toda regulación. Bleger afirma que cada dispositivo, cada modalidad de funcionamiento de la formación de psicoanalistas y de la institución que los agrupa permite y al mismo tiempo obstaculiza esa transmisión.

Sin embargo, para mí la institución ha funcionado en todo momento como una madre suficientemente buena, he encontrado en ella, así como en mi análisis, en mis maestros, en mis supervisores y en muchos de mis compañeros, el holding o sostén indispensables en un proceso tan regresivo y tan intenso como es la formación analítica.

Para Bleger la formación analítica es un recorrido que implica momentos de eventual desorganización, en donde lo que se aprende no es lo más importante, sino el hecho de haber atravesado ese camino. La formación es un proceso, un pasaje que puede volver a activarse a lo largo de la vida de un psicoanalista por más formado que esté.

Los invito a que nos acompañemos en este largo camino reflexionando juntos, pensando juntos con honestidad, siendo auténticos y sinceros con nosotros mismos y con todos los que nos acompañan en este viaje que apenas comienza. Hablemos sin miedo de lo que sentimos y de lo que estamos viviendo como candidatos para poder enriquecernos unos a otros con nuestras experiencias internas. Hagamos crecer esa pasión y esa vocación por el psicoanálisis que seguramente todos los que estamos aquí llevamos dentro, y si no es así, pensemos qué podemos hacer para desarrollarla.

Espero que este ensayo pueda favorecer la reflexión y el diálogo abierto entre todos nosotros.

Referencias Bibliográficas

1. Bleger,L. (2012). La palabra, no el grado: proceso y cursus en la formación psocoanalítica. En Calibán, Revista Latinoamericana de Psicoanálisis. Vol. 10, No 1. Año 2012. FEPAL.
2. Brodbeck,H. (2008). Anxiety in Psychoanalytic Training from the candidate's point of view. Psychoanal. Inquiry. 28: 329-343.
3. Freud,S. (1908). La Novela Familiar de los Neuróticos. En Obras Completas. Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu, 2000.
4. Freud,S. (1912). Sobre la dinámica de la Transferencia. En Obras Completas. Tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu, 2000.

5. Freud,S. (1915). Pulsiones y Destinos de Pulsión. En Obras Completas. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 2000.
6. Nasio,J.D. (1996). Cómo Trabaja un Psicoanalista. Buenos Aires: Paidós, 2006.
7. Reich,W. (1967). Análisis del Carácter. Barcelona: Paidós, 2005.

Psicoanálisis Relacional en la clínica

Alejandra Uscanga Castillo

Analista en formación, APM

Aquello a lo que le tienes miedo indica lo primero
que tienes que hacer
-Proverbio Chino-

Contexto Teórico

Pasar de un modelo de pensamiento intrapersonal a uno diádico cuesta trabajo... pasar de un modelo diádico a uno que incluya la realidad familiar y social, tanto del paciente como del analista es, en ocasiones, dar un salto al vacío. Es relativamente fácil aceptar en la teoría el hecho de que nosotros, como analistas, formamos parte esencial del campo analítico (Baranger y Baranger, 1961-62), no obstante, llevar esta afirmación a sus últimas consecuencias no siempre es fácil y terminamos, en mayor o en menor medida, defendiendo la imagen del “analista espejo” que contradice la postura del campo analítico de los Baranger (1961-62), del tercero analítico de Ogden (2004) o del proceso analítico de Tubert-Oklander (2005, 2006a, 2007a).

Cuando Freud habló de relaciones de objeto, lo hizo desde una perspectiva intrasubjetiva, en la que le era imposible negar la existencia de un otro, pero lo veía completamente cargado de los impulsos, deseos y fantasías del sujeto individual, es decir, el objeto estaba visto desde una perspectiva pulsional-estructural (Mitchell, 1993). Esto se veía

muy claro cuando se consideraba que el proceso analítico se fundamentaba en hacer consciente lo inconsciente del paciente y que el uso de la transferencia era esencial para entender la estructura mental del mismo; mientras que para el analista, la contratransferencia era una dificultad que debía evitarse para que el análisis fluyera adecuadamente. Pese a que estas ideas hayan sido teóricamente trascendidas, continuamos enfrentándonos con posturas que parecen aceptar parcialmente la interrelación inevitable de la pareja analítica.

El modelo del Psicoanálisis Relacional pugna por evidenciar que la realidad es mucho más compleja de lo que queremos imaginarnos y que nosotros somos participantes activos en la elaboración de todo el material que surge en la sesión; al mismo tiempo que nuestra realidad familiar, social, institucional e incluso política no puede no expresarse en cada interpretación que damos, en cada silencio que hacemos, en cada material del paciente que nos llama la atención (Tubert-Oklander, 2006b). Esto nos llevaría, en primera instancia, a aceptar la inevitable y fluida comunicación inconsciente que necesariamente se da entre ambos miembros de la diada y que no tiene un punto de inicio, sino que desde el principio de un tratamiento viaja en ambas direcciones sin que nosotros podamos evitarlo. Asimismo cuestiona de la manera más radical la neutralidad y la abstinencia, mismas que han ido modificándose

ante la realidad innegable de que no podemos ser puramente espejos o pantallas en blanco, sino que nuestra humanidad es evidente para el paciente, que somos desde el inicio co-participantes del proceso, queramos o no (Fiscalini, 2007; Tubert-Oklander, 2007b).

A partir de todas estas ideas, un gran número de pensadores de nuestro campo han ido proponiendo, de forma más o menos radical, el involucramiento de los sentimientos, de las ideas y de la realidad del analista en el setting. Ferenczi ya hablaba de la mutualidad, que es la mutua influencia y mutua determinación de los miembros de la diada analítica (Velasco Fraile, 2009). Winnicott (1947) ha hablado del odio en la contratransferencia, refiriéndose a un odio objetivo que puede – y debe – ser comunicado al paciente para ampliar su comprensión emocional. Little (1951, 1957) insiste en la utilidad de compartir los sentimientos contratransferenciales con los pacientes cuando estos colaboren en la ampliación de la comprensión. Racker (1960) habla de los lazos inconscientes profundos que se dan entre paciente y analista, y llega a establecer la neurosis de transferencia en conjunto con la neurosis de contratransferencia, donde ambas deben ser analizadas y resueltas para llegar al final del análisis. Los Baranger (1961-62) no dejan de cuestionar la idea de que no sólo se comprende al paciente y su mundo interno a través de la interpretación, si no que la relación analítica se da en un campo dinámico que incluye a ambos miembros con sus respectivas influencias y que las resistencias y los momentos de detención del

análisis, están promovidos por ambos (paciente y analista). La interpretación, de este modo, será una interpretación para ambos miembros: interpretación para el paciente, autointerpretación para el analista, que aumentará el insight de los dos y del campo. Ogden (2004) hablará del tercero analítico como una co-construcción de la pareja, que es independiente de ellos, pero que al mismo tiempo les pertenece y que todo el tiempo será vivida y al mismo tiempo promovida por ambos. Tubert-Oklander (2005, 2006a y b) enfatiza que no es posible conducir un análisis en estos términos sin que ambos participantes de la experiencia queden modificados de forma profunda, ya que la relación necesariamente implica un cuestionamiento de partes del analista que están en contacto con ese paciente (y evidentemente viceversa, aunque esto es lo obvio y aceptado).

Experiencia Vivencial

Pero ¿cómo puede verse esto en la clínica? Trataré de compartir una experiencia en donde he podido observar los principios que el Psicoanálisis Relacional subraya. Seguramente hay otras formas de verla, no obstante a mí me fue útil abordarla desde esta perspectiva, misma que me llevó a pensar, sentir y actuar de una forma particular, que es la que quiero compartirles. Tuvo momentos de mucha intensidad emocional –aunque no de rupturas violentas– que oscilaron entre la angustia, el dolor, el enojo y la seducción amorosa. Y en donde la comunicación de mi contratransferencia y de mi sentir fue esencial, desde mi perspectiva, para

que el proceso analítico arrojara mayor comprensión para las dos.

La viñeta que presento es la de una paciente de 30 años, soltera, hija de una médica quien me la refiere sin yo conocerla. Llevamos cuatro años de tratamiento, de los cuales tres y medio han transcurrido en diván con 3 sesiones semanales. Es un tratamiento tranquilo, emocionalmente importante, intenso, pero equilibrado. Nos llevamos bien, nos estimamos y hay en general una corriente transfero-contratransferencial positiva que nos cubre a ambas y que por un lado permite un trabajo de mucha intimidad, aunque por otro dificulta la emergencia de elementos agresivos y de diferencias significativas. No obstante es inevitable llevarnos bien y estar en un trabajo armónico y agradable.

Así el trabajo, armónico y estable, resultó que nos encontramos en un restaurante de la ciudad, yo acompañada de mi esposo y una pareja de amigos, y ella en una cita que yo sabía llevaría a que ella rechazara a un pretendiente. Evidentemente el encuentro fue sorpresivo para ambas. No la vi de primer momento. Fue mi esposo quién, casi al final de la cena, me dijo que había una paciente mía en el restaurante. Curiosamente, pese a ser un restaurante conocido, no necesité saber quién era. Me sentí incómoda debido a que sabía por las sesiones de qué se trataba esa cita.

No suelo incomodarme al encontrarme pacientes en lugares públicos, normalmente los círculos sociales en los que pacientes y analistas nos movemos, son círculos pequeños, cerrados y la continua interacción por uno y otro lado no es inusual. Tampoco soy alguien que trate de esconder

todo aspecto de su vida ante los pacientes, considero que ellos saben mucho de mi, me vean o no en la calle. No obstante en esta ocasión me sentí inadecuada, metida, sin saber casi hasta el final, en una situación de vida complicada de mi paciente. Aunque yo no la había visto, sabía que ella había tenido tiempo suficiente, seguramente, de verme. Salió antes. La vi caminando rumbo a la puerta, pasó frente a mi mesa sin verme –sin querer verme, es decir–.

Llegada la sesión siguiente, el ambiente, siempre agradable y participativo, se sentía muy tenso, pesado y viciado. Me habló de generalidades de la cita y sobre aspectos de su dificultad para relacionarse con los hombres. La escuché sin intervenir los primeros minutos porque creo que las dos necesitábamos manejar la tensión desagradable antes de poder hablar de mi involuntaria intromisión. Quiero señalar que ya la había visto en otra ocasión en una cafetería, no obstante esa ocasión el encuentro, también causal, fue tramitado de forma menos intensa. Lo analizamos y hablamos de la extrañeza de encontrarme en la calle vestida de fin de semana y acompañada de mi marido, sintiendo ella celos hacia nosotros debido a su dificultad de encontrar pareja, al mismo tiempo que deseando que si yo, su analista, podía tener pareja y al parecer estar bien con él, entonces ella podría también algún día acceder a lo mismo. No entraré en más detalles del análisis, que incluyó muchos más elementos, menciono los centrales para que sirva este primer encuentro como comparación de lo que pasó en esta ocasión.

Pasando algunos minutos ella volvió a reprocharse su dificultad para encontrar pareja y su incomodidad de estar con un pretendiente que a ella no le gustaba demasiado y que además no le prestaba la atención y el cuidado que ella siente merecería: él estuvo hablando por el celular casi todo el tiempo, saludando a todos los que se encontraba sin presentarla y sin agregarla a las conversaciones que establecía, llegó bastante tarde, etc. (reclamos al pretendiente y claro, reclamos a mi). Entonces decidí decirle, respirando hondo para sumergirme en esa tensión emocional que ambas experimentábamos “y yo que me presento en el restaurante para hacerte más difícil la situación”. Ella se quedó pasmada, tensa, callada unos segundos y de pronto comenzaron a salirse sus lágrimas y me dijo que no sabía cómo decírmelo, que se sentía confundida, que efectivamente yo no sólo me había presentado ahí cuando ella iba a rechazar a su pretendiente, si no que además me había presentado con mi esposo, felices, tomando vino y riendo con la pareja con la que íbamos ¡otra pareja! Y que eso la había hecho sentir fatal. Ella ahí tratando de deshacerse de un pretendiente que no le da su lugar, que la ignora, para el que no es del todo importante, siente ella; y yo con una pareja que se ve que me quiere, que me atiende, que está pendiente de lo que estoy haciendo, de lo que quiero y yo también de él. Pudo hablar de sus celos y de su envidia, estaba muy dolida y angustiada y yo me sentía también muy dolida. Pese a que no había sido propositivo me había plantado en un escenario muy delicado para ella y lo había complicado innecesariamente. Pensaba qué hacer mientras ella

hablaba de su dolor, su confusión, sus celos y su enojo ¿Sólo interpretarla a ella? ¿Y mi intromisión? Yo sabía que no había sido propositiva pero, de todas formas, lo había hecho y la había lastimado involuntariamente y a mi también me había dolido lastimarla.

Little (1951, 1957) señala la importancia de que el analista pueda reconocer sus errores y pedir disculpas al paciente, validar sus sentimientos, así como compartir los suyos si esto ayuda al avance del tratamiento. Así es que sin dudar mucho más, esperando un momento en que ella se sintiera más tranquila después de haber hablado de lo que había significado mi presencia, le dije “siento mucho haberte lastimado tanto, si hubiera estado en mis manos lo hubiera evitado, yo sabía que era una cita muy delicada para ti y lamento haberla complicado de la nada, me duele a mi también”. Suspiró profundamente y por primera vez en toda la sesión su llanto se hizo más aliviador. Entre sollozos, que había tenido contenidos hasta el momento, me dijo que creía que era ella la que estaba mal por haberse sentido tan mal cuando era normal, viviendo en la misma zona, que me hubiera encontrado sin querer en algún lado. Le recordé que no era la primera vez que me encontraba y ella aceptó sorprendida de que me acordara y empezó a hablar de cómo sentía que otra vez era su parte posesiva la que la llevaba a sentirse mal al verme fuera del consultorio, disfrutando de mi vida con mi esposo. Continuó diciendo que seguramente también era eso, era posesiva con todos y también conmigo, y por primera vez en la sesión, aún entre lágrimas, río un poco y aceptó que le gustaba la idea de que yo

estuviera sólo en el consultorio para ella.

Me pudo decir también que otra cosa que le había sorprendido mucho es haberme visto en un restaurante conocido, donde la gente de la ciudad va a ser “bluf”, a ver qué intelectual o artista se encuentra ahí. Todos ellos van ahí (ella es del mundo artístico) y ella también va a ese restaurante por la misma razón, por el “bluf”. Verme ahí fue duro porque creyó que yo estaría más allá de esas cuestiones superficiales. Le comenté entonces que le estaba costando trabajo verme como una mujer común y corriente que puede también sentir curiosidad por un restaurante de moda. Ella me dijo que pensaba que yo me la pasaba en mi consultorio leyendo y trabajando, estudiando para ayudar a mis pacientes y sin hacer nada más (se río). Le dije que entonces pensaba que yo era como su mamá. Otro momento intenso de la sesión en el que pudo hablar de cómo ella siempre ha idealizado –con el concomitante enojo– a su mamá, que la dejó sola en su infancia para trabajar y “sacarla adelante” y se la pasaba trabajando todo el tiempo y ahora sigue haciéndolo. Me idealizaba/odiaba a mi igual que a la mamá, como una mujer que sólo está en el consultorio, trabajando y ayudando a los demás (pero no a ella). Yo le especificué que deseaba que yo estuviera en el consultorio para ayudarla sólo a ella y ella aceptó esta interpretación, ya que eso fue lo que siente que no obtuvo de su mamá y demanda de mí.

Al abrir el tema de su demanda hacia mí, su analista-mamá, de que esté solamente para ella, como siente que no estuvo su mamá, hablamos de cómo ella se ha sentido confundida con la situación

de poder amar a una mujer sin que eso la haga dudar de su orientación sexual. Ama mucho a su mamá y ahora siente que me ama mucho a mí y siente miedo, debido a un evento erótico de la infancia en relación con una tía muy querida, de que la situación se repita conmigo, que yo también falle en la imposición de límites necesarios para que ese amor se conserve sin lastimarla. Me dice que siente que en el momento en que yo le permití sentir ese amor, ella sintió que abría yo la puerta para ese rompimiento de límites. Le dije que era una posibilidad y que lo pensaría, pero que también quería recordarle un evento suyo: ella trabaja en una ONG en una estancia para niños en situación de calle. Los atienden, enseñan y ayudan con sus tareas mientras no están en la escuela. En una ocasión, cuando revisábamos este evento erótico de su infancia y cuando hablábamos de su sexualidad como niña y como mujer, me comentó que una niña pequeña llegó a su salón y se acercó para saludarla, la abrazó pero la niña empezó a frotarse en ella, de forma ligera, pero ella percibió que no era ternura ni cariño lo que estaba a punto de emerger y la abrazó fuerte, la saludó, se la separó con firmeza pero con una sonrisa, y le puso así un límite que la niña entendió tan bien – para sorpresa de ella que pensaba que la niña se iba a enojar – que la niña la sigue buscando, con mucha confianza y cariño, para obtener protección y ayuda. Se lo recordé en breves palabras (lo amplí aquí para contextualizar el comentario) y entonces le pregunté si realmente yo había abierto la puerta o si era ella la que, como aquella niña, se acercaba a mí en un abrazo erotizado probándome, a ver de qué manera le

respondía.

En ese momento giré mi cabeza para ver el reloj, sabía lo que me iba a encontrar y confirmé que ya había acabado la sesión y yo no me había percatado. Esperé a su respuesta para cerrar la sesión. Me dijo que era posible, que ella siempre estaba probando a la gente, aunque no se diera cuenta y aunque no lo hiciera de forma propositiva. Creía que sí me probaba a mí, como esa niña la probó a ella, para ver si yo iba a ceder en esa transgresión de las relaciones en la que siempre percibido a su mamá y sobre todo a su tía, o si yo le pondría un límite adecuado. Le dije que yo sentía que ella era muy seductora, como esa niña, y que para ejemplo bastaba la sesión de ese día, en la que ya me había pasado del tiempo, fascinada por el movimiento emocional de ella y, tal vez estando efectivamente al límite de dejarla erotizar y transgredir la relación si yo no podía poner el límite adecuado. Ella se rió y terminamos la sesión.

Conclusión

Esta sesión muestra para mí varias situaciones que no puedo explicarme de otra forma si no es recurriendo a la intensidad emocional mutua que se da en el tratamiento y que ilustra de forma clara el Psicoanálisis Relacional. Heimman (1960) dando un ejemplo clínico de una ocasión donde transmite sus emociones contratransferenciales, concluye que a la larga piensa que ella estaba sorprendida por la noticia que acababa de recibir – la muerte de un colga – y que no debió haberlo comentado con la paciente con la que se encontraba, ya que eso pudo

haber afectado el tratamiento innecesariamente; menciona también que a la larga pensó en otras cosas que pudo haber hecho, otros caminos que pudo haber tomado sin necesariamente decirle lo que le ocurría. Yo, en cambio, pienso en retrospectiva este evento, que sucedió hace algunos meses, y no puedo encontrar otra forma mejor de abordarlo. No hubiera podido enfocarme en ella pasando por alto mi sensación tan dolorosa de haberla lastimado, a una paciente a quién estimo y con la que siento que trabajo muy bien. Podrán decirme que entonces yo ya no soy su analista y yo estaría en total desacuerdo con esta afirmación. Pese a reconocer que mis afectos son parte esencial en la conformación del campo analítico y del proceso analítico (Baranger y Baranger 1961-62; Tubert-Oklander, 2006a y 2007a), también sé que debe haber una necesaria distinción jerárquica que nos permita trabajar (Tubert-Oklander, 2005, 2006b) no obstante eso no elimina la coparticipación (Fiscalini, 2007) y la mutualidad (Velasco Fraile, 2009) que son elementos inherentes del contacto entre dos seres humanos.

¿Puedo cambiar el hecho de tener un cariño especial por ella? Creo que no, tampoco quisiera cambiarlo. Pero sí siento que es un deber mío explicitarlo para que no se convierta en un Baluarte (Baranger y Baranger, 1961-62) que congele la relación y que nos impida analizar. Sé que yo contribuyo con esa natural preocupación y disposición a ayudarla, y sé que ella contribuye con su natural sensación de cariño y de cercanía conmigo. Sé también que ambas tenemos núcleos neuróticos que nos enlazan, mismos que por

supuesto no le explicitaría si no están estorbando en la situación analítica. Como bien dice Tubert-Oklander (2006b), al analista se le pide atención libre flotante, tanto del material del paciente como de él mismo, y lo que se comparte (y he aquí la necesaria asimetría del proceso) es lo que pensamos va a ayudar a aumentar la comprensión de la situación emocional del paciente y de la relación que ambos construimos.

Me parecía un sinsentido no compartirle la pena y el dolor que sentía al haberla lastimado, así como me parecía inadecuado no decirle que efectivamente ella es seductora y que me seducía a mí. Comunicaciones todas que han estado carentes en la relación con su mamá. Por supuesto que estas comunicaciones sin razón son innecesarias, no obstante, hechas para ampliar la comprensión de ella, de sus patrones de relación y de la relación conmigo como relación significativa en la que se jugarán todos esos patrones, me parecen fundamentales. Interpretarla a ella es dejar a medias la interpretación, al no comunicarle el efecto que tiene, la forma en que se vincula con otro ser humano. Ampliar la comunicación con lo que siento que me provoca o con lo que de entrada yo coloco a la relación (cuando esta comunicación contribuye al aumento de la comprensión) me parece que completa la comprensión que ella puede tener como ser humano de ella misma, de nosotras como pareja de trabajo y de las relaciones humanas en general.

Por eso considero de mucha utilidad la idea que propone Tubert-Oklander (2006a) sobre el proceso psicoanalítico e interpretativo como un diálogo, que implica la participación activa de

ambos, y más allá de esto, un diálogo que necesaria e inevitablemente incluirá la dimensión inconsciente, misma que está fuera de control de ambos miembros ¿Un analista callado o que no comparte sus sentimientos e ideas, evita esta participación inconsciente? ¿Si de todas formas pondremos mucho de nosotros en el proceso psicoanalítico, no valdrá la pena que lo explicitemos en la medida que sea útil a la ampliación de la comprensión de ambos y, sobre todo, del estado emocional del paciente? ¿Cómo saber cuándo estamos coparticipando, haciendo del diálogo un proceso en espiral –retomando a Pichon-Riviere (Baranger, 1979)– y cuando estamos obturando el proceso?

El concepto de Baluarte de los Baranger (1961-62) me parece fundamental, ya que ofrece la oportunidad de conceptualizar y así poder pensar y abordar los puntos ciegos de ambos miembros de la diada que nos obstaculizan el proceso. Así, el obturar el proceso analítico tal vez deja de estar en relación con las palabras por minuto que decimos, o con lo que de nosotros como analistas compartimos, y comienza a estar en relación, no importa si hablamos o callamos, con puntos inconscientes que no queremos tocar al ser altamente significativos y vulnerantes para ambos. Y, tal vez incluso detrás del silencio, se pueden esconder baluartes muy importantes que nos lleven a obturar el proceso con vacío, a abandonar al paciente con silencio. Lo mismo cuando hablamos sólo del paciente y evitamos hablar de lo que a nosotros nos moviliza esa comunicación, eso, creo, es también silenciar una parte fundamental del proceso analítico: la

parte nuestra que no puede no reaccionar ante la invitación a la danza emocional que se establece inevitablemente en el consultorio.

Referencias Bibliográficas

1. BARANGER, M. y BARANGER, W. (1961-1962). La situación analítica como campo dinámico. Revista Uruguaya de Psicoanálisis. 4 (1): 3-54.
2. BARANGER, W. (1979). Proceso en espiral y Campo dinámico. Revista Uruguaya de Psicoanálisis. 59: 17-32.
3. FISCALINI, J. (2007). The coparticipant field: Commentary on a paper by Juan Tubert-Oklander. Psychoanalytic Dialogues. 17: 133-141.
4. HEIMANN, P. (1960). Contratrtransferencia. Revista Uruguaya de Psicoanálisis. 4 (1): 1961-1962.
5. LITTLE, M. (1951). Contratrtransferencia y respuesta del paciente. Obtenido de <http://www.circulofreudiano.com.ar/Margaretlittle.doc> el 3 de mayo del 2012.
6. LITTLE, R. (1957). "R" - La respuesta total del analista a las necesidades de su paciente. GRITA / Grupo de investigación en Técnica de la Psicoterapia Psicoanalítica. Documento de trabajo No. 5, obtenido de <http://www.sauval.com/angustia/MLittleRT.pdf> el 12 de mayo del 2012.
7. MITCHELL, S. (1993). Conceptos Relacionales en Psicoanálisis: una integración. México D.F.: Siglo XXI.
8. OGDEN, T. (2004). The Analytic Third: Implications for Psychoanalytic Theory and Technique. Psychoanalytic Quarterly. 73: 167-195.
9. RACKER, H. (1960). Estudio 5. La neurosis de contratrtransferencia. Estudios sobre técnica psicoanalítica. p. 41-110. México D.F.: Paidós, 1990.
10. TUBERT-OKLANDER, J. (2005). El concepto de campo en la obra de Willy Baranger. Cuadernos de Psicoanálisis. 38 (3-4): 47-54.
11. TUBERT-OKLANDER, J. (2006a). I, Thou, and Us: Relationality and de interpretative process. Psychoanalytic Dialogues. 16: 199-216.
12. TUBERT-OKLANDER, J. (2006b). El lugar del sujeto en el Psicoanálisis Relacional. Trabajo presentado en el seminario "Filosofía ¿y? Psicoanálisis". México D.F. Centro de Investigaciones multidisciplinares en Ciencias y Humanidades. 5 de julio del 2006.
13. TUBERT-OKLANDER, J. (2007a). The whole and the parts: Working in the Analytic field. Psychoanalytic Dialogues. 17: 115-132.
14. TUBERT-OKLANDER, J. (2007b). Of coals and Eskimos: Reply to commentary. Psychoanalytic Dialogues. 17: 143-152.

15. VELASCO FRAILE, R. (2009). ¿Qué es el Psicoanálisis Relacional?. Clínica e Investigación Relacional. Vol. 3 (1): 58-67. Obtenido de <http://www.psicoterapiarelacional.es/CelREVISTAOnline/CEIRPortada/Tabid/216/Default.aspx> el 01-07-2010.
16. WINNICOTT, D.W. (1947). El odio en la contratransferencia. Escritos de Pediatría y Psicoanálisis. p. 263-274. Barcelona, Paidós: 1999.

Pasión por la lectura

Reseña de libro



Renovación Serie Metamorfosis

Liza Mariottini, Artista Plástica Argentina

Construyendo puentes:

Reseña del libro **Operative Groups: The Latin-American Approach to Group-Analysis**

Alejandra Uscanga Castillo

Analista en formación, APM

Autores: Tubert-Oklander, Juan y Hernández de Tubert, Reyna

Título: *Operative Groups, The Latin-American Approach to Group Analysis*

Año de publicación: 2004

Páginas: 272

Editorial: Jessica Kingsley Publishers

Ciudad: Londres

El libro escrito por los psiquiatras, analistas de grupo y psicoanalistas Juan Tubert Oklander y Reyna Hernández de Tubert, es un asombroso viaje a través de la existencia de los grupos y las posibles intervenciones que se pueden realizar en el trabajo con estos. Utilizando un lenguaje claro y sencillo, así como un pensamiento psicoanalítico y grupo-analítico, exponen diferentes clases de grupos y ofrecen ideas sobre cómo trabajar con ellos con la finalidad de lograr sus objetivos particulares. En este sentido, Tubert-Oklander y Hernández de Tubert construyen un primer puente entre una perspectiva psicoanalítica tradicional (usualmente restringida a la experiencia personal o intrasubjetiva) y una concepción en la que se otorga importancia al ambiente social (una perspectiva grupo-analítica), aplicando el pensamiento psicoanalítico a los fenómenos grupales. Este es un

camino que ya han recorrido varios autores y que muchos otros siguen transitando; Juan Tubert-Oklander y Reyna Hernández de Tubert hacen una aportación original al contribuir con sus propias ideas y su muy personal forma de abordar el trabajo con grupos, por lo que ambos pueden ser considerados verdaderos constructores de puentes que conectan dos aproximaciones a la experiencia humana que parecen diferentes y en ocasiones contradictorias.

Asimismo, los autores buscan construir otro puente entre dos mundos, entre dos mentes – Inglaterra y Argentina, Foulkes y Pichon-Rivière– los cuales comenzaron a trabajar con grupos de forma casi simultánea pero permaneciendo prácticamente incomunicados hasta ahora. Con gran destreza, Tubert-Oklander y Hernández de Tubert, logran transmitir las ideas básicas de estos dos pensadores fundamentales para el trabajo con grupos, las experiencias de vida que los llevaron a desarrollar sus acercamientos teóricos y tanto las similitudes como las diferencias entre sus perspectivas.

Aunado a lo anterior, un puente más es construido en este libro, mismo que subraya su importancia. Una vez que sus ideas teóricas sobre los grupos han quedado expuestas, ofrecen ejemplos clínicos, en donde puede apreciarse la forma en que ambos psicoanalistas trabajan con grupos. De esta manera, construyen un puente entre

la teoría y la práctica, la técnica y la experiencia emocional. Este es un vínculo que en muchas ocasiones es difícil aterrizar e incluso a veces es omitido en nuestro campo, pese a que es de esencial importancia para verdaderamente aprehender el trabajo que realizamos.

El objetivo central de Tubert-Oklander y Hernández de Tubert es introducir las ideas teóricas del pensador argentino Enrique Pichon-Rivière, quien realizó una contribución invaluable a la concepción de los grupos. Desafortunadamente, como mencionan los autores, la mayor parte del trabajo de Pichon-Rivière no se encuentra traducida al inglés. En un esfuerzo de gran relevancia por rescatar las ideas de pensadores latinoamericanos, se embarcan en la labor de traducir al inglés lo que ellos consideran las aportaciones centrales de este pensador argentino, con la finalidad de que se haga más accesible a los profesionistas interesados en los grupos y en su dinámica. Para lograrlo, se apoyan en el trabajo de Foulkes, comparando la perspectiva de este último con la desarrollada por Pichon-Rivière. El resultado es una sorprendente comparación entre dos pensadores que, sin haber compartido sus ideas, desarrollaron una forma de concebir, sentir y trabajar con grupos que tiene asombrosas similitudes y que en conjunto amplían el horizonte del análisis grupal y del psicoanálisis.

Pero las similitudes también son utilizadas para considerar las diferencias entre ambos. De este modo, realizan un ejercicio caracterizado por un pensamiento reflexivo, un trabajo hermenéutico analógico –teoría creada por el filósofo mexicano

Mauricio Beuchot (2008, 2005)– que ha sido utilizado por estos autores para complementar la perspectiva psicoanalítica y grupo-analítica, tratando de mantener una postura abierta y flexible (Hernández de Tubert, 2008; Tubert-Oklander, 2008). El desarrollo de este pensamiento hermenéutico (hay que recordar que la hermenéutica es la ciencia de la interpretación) les permite enfrentar fenómenos muy complejos a través de considerar las semejanzas, las diferencias y tomando en cuenta el contexto y la referencia para emitir hipótesis que tendrán una jerarquía de validez dependiendo de la cercanía y coherencia que mantenga con todos los elementos mencionados. El resultado de este proceso dialéctico es el enriquecimiento de las ideas y de las posibles opciones que pueden pensarse y llevarse a la práctica (Beuchot, 2008, 2005; Beuchot y Tubert-Oklander, 2008; Tubert-Oklander, 2008). Asimismo, es una herramienta que ayuda a cuestionar los prejuicios (juicios previos), las experiencias y valores que son la base de lo que Foulkes llama *Matriz*, Pichon-Rivière *ECRO* –Esquema Común Referencial Operativo–, y Tubert-Oklander y Hernández de Tubert *Weltanschauung*’ (Foulkes, 1975; Hernández de Tubert, 2008, 2000, 1997; Tubert-Oklander, 2008, 1995). En el momento en que nos atrevemos a cuestionar estas bases fundamentales, generamos una nueva perspectiva, por medio de la síntesis de los nuevos elementos que surgen de la reflexión, de aquellos ofrecidos por el mundo actual, sus miembros y los elementos que cada uno de nosotros ya poseía. Por este medio

Tubert-Oklander y Hernández de Tubert realizan su aproximación al tema siendo la contribución más relevante de su trabajo.

Con la finalidad de presentar todos los elementos que consideraron para desarrollar su propia *Weltanschauung*, comienzan en el capítulo uno con una perspectiva histórica que introduce las ideas teóricas desarrolladas por Foulkes y por Pichon-Rivière. Este recorrido histórico no abarca solamente el momento que vivían ambos personajes al iniciar su trabajo con grupos, sino que presenta los antecedentes de otros psicoanalistas –como Bion– que fueron pioneros en el campo del análisis grupal y, posiblemente lo más importante, la trayectoria de vida personal que tanto Foulkes como Pichon-Rivière siguieron para desarrollar sus perspectivas teóricas. Aunque es un capítulo enriquecedor, considero que, para ser justos con la perspectiva transmitida por los autores sobre la importancia de la vida personal en el desarrollo de las ideas teóricas, faltó una revisión más extensa sobre la experiencia de vida de Foulkes.

En el capítulo dos se realiza una revisión cuidadosa de los conceptos teóricos de Enrique Pichon-Rivière. Comienzan por esclarecer el significado del término *Grupo Operativo*, el cual comúnmente es malentendido como un grupo específico y no como “... [el] nombre dado a una completa concepción de la vida en grupos y la mejor manera de conducirlos” (p. 37, mi traducción) sin importar que sean grupos institucionales, educativos o terapéuticos. Pichon Rivière concibe el Grupo Operativo como un grupo centrado en una tarea que

consiste en aprender a pensar. Desde esta perspectiva, el grupo puede tener diferentes objetivos, como aprender o curarse, pero estos objetivos serán alcanzados cuando los miembros aprendan a pensar en grupo y a desarrollar un *ECRO* común. Otras teorías, fuera del campo de la psicología y de la medicina que influenciaron a Pichon-Rivière, son explicadas para demostrar la gran variedad de experiencias (desde las tácticas de guerra hasta el fútbol) que este pensador tomó para enriquecer sus perspectivas teóricas. En el momento en que todos estos ingredientes se integran, hacen una mezcla que nos permite entender los elementos que conforman el *ECRO*. Finalmente abordan las ideas de Pichon-Rivière sobre la importancia de los grupos en el desarrollo individual, los procesos que se dan dentro de cada grupo y la necesidad de integrar un nuevo *ECRO* que resulte en una nueva profesión que entienda la relación íntima y cercana entre el individuo y el grupo.

En el capítulo tres, Tubert-Oklander y Hernández de Tubert hacen su más importante contribución. Utilizando su propia *Weltanschauung*, las teorías de Foulkes y de Pichon-Rivière, la realidad de México, los grupos que en este país conducen y reflexionando sobre todos estos elementos, hacen un trabajo hermenéutico por medio del que proponen su acercamiento personal a la concepción de grupos, su dinámica y el trabajo que puede hacerse con ellos. Comienzan con una confrontación entre dos concepciones diferentes del mundo y del ser humano: la existencia central del grupo y la

relatividad del ser humano, por un lado, y la importancia central del individuo dejando al fenómeno grupal como mera ilusión, por el otro. Con la hermenéutica analógica encuentran un punto intermedio que logra conciliar ambas perspectivas, dándoles a cada una su importancia e incluso haciéndolas coparticipantes indisociables. El individuo no puede concebirse aislado del medio social, así como este último no puede ser concebido sin el elemento personal que cada uno le imprime.

Los autores realizan comentarios sobre los conceptos de *Matriz* y de *ECRO*. Mientras señalan las diferencias entre ambos conceptos también van encontrando puntos de coincidencia que acercan ambas concepciones. En este capítulo introducen de forma clara su concepción de *Weltanschauung'*, la cual difiere de la tradicional manejada por Freud que se refería sobre todo a las ideas y actitudes conscientes sobre el entorno. Para los autores la *Weltanschauung'* incorpora elementos tanto conscientes como inconscientes que establecen la forma en que pensamos que son las cosas, incluso antes de toda clase de prueba. Al incorporar este concepto introducen su huella personal, al mismo tiempo que recobran las características centrales y los conceptos de los autores que han introducido y puesto a dialogar.

Tubert-Oklander y Hernández de Tubert aclaran que la *Weltanschauung'* puede ser personal y social. Afirman que la realidad psíquica no es sólo intrapersonal sino que también es interpersonal e incluso transpersonal. Aseguran que la piel no limita a lo inconsciente, lo que implica que éste no queda

limitado por la vida mental individual. El inconsciente percibido como una estructura o aparato interno del individuo es cuestionado, favoreciendo la reflexión sobre la relación íntima que existe entre las múltiples subjetividades, aspecto que Foulkes afirma con su concepto de *Matriz* y que Pichon-Rivière incluye en el de *ECRO*. De este modo, el conceptualizar y analizar al ser humano sólo en su dimensión intrapsíquica sería empobrecer las posibilidades de entenderlo, ya que “... *todo ser humano tiene una dimensión intrapersonal, interpersonal, y transpersonal*. Es por lo tanto posible estudiarlo desde varios puntos de vista.” (p. 85, mi traducción, itálicas de los autores). La *Weltanschauung'* puede ser analizada y modificada a través del uso del pensamiento operativo.

A lo largo de su explicación sobre el cómo trabajan con grupos, dan un lugar central al cuestionamiento de los valores que son el fundamento de la *Weltanschauung'*. Esta idea es relevante, ya que en ocasiones se piensa que la neutralidad incluye el no discutir ni compartir los valores con los pacientes, para evitar las contaminaciones y el adoctrinamiento. Sin embargo, Tubert-Oklander y Hernández de Tubert consideran que los valores son parte fundamental de nuestros actos y decisiones, y que se encuentran siempre influyendo en la interacción social (incluyendo la relación psicoanalítica o psicoterapéutica). De este modo, para realizar un trabajo verdaderamente analítico (análisis de lo inconsciente) es necesario cuestionar y analizar los valores. Para conseguir este objetivo en el trabajo grupal, los autores conforman

los grupos lo más heterogéneo que sea posible en cuanto a características personales, con la finalidad de confrontar la mayor cantidad de *Weltanschauung*' pero manteniendo en mente que el objetivo debe ser lo más homogéneo posible. Este tipo de grupo además contribuye a aumentar las opciones u opiniones que pueden encontrarse ante cierta problemática. La conclusión a la que arriban es que en el momento en que es posible analizar la *Weltanschauung*' "... el resultado es un mucho mejor entendimiento de las ideas, preceptos y hábitos de pensamiento que conducen sus sentimientos, percepciones y acciones dentro del contexto grupal." (p. 81, mi traducción). No obstante, los autores nos advierten de conformarnos con este primer paso, ya que para que el análisis de la *Weltanschauung*' sea útil, el grupo y el individuo deben desarrollar una nueva *Weltanschauung*' que auxilie a sus miembros a cambiar la forma en la que piensan que son las cosas, dando lugar a las diferencias, y de este modo, al entendimiento y enriquecimiento que pueden alcanzarse con esta aceptación.

Con audacia y firmeza, asumen que para lograr salir adelante con esta perspectiva, se requiere de un acercamiento de múltiples niveles, en el que uno debe estar dispuesto a cambiar de foco y de punto de vista cuando sea necesario con el objetivo de asir una realidad que es sumamente compleja. Requiere, asimismo, de la posibilidad de dejar de lado el pensamiento causal lineal para introducirse en un pensamiento causal circular que nos lleve a un proceso en espiral. Todo lo anterior

implica un carácter flexible y una firme convicción en la propia habilidad para el cambio y para la adaptación.

Así como abordaron otras ideas que enriquecieron el pensamiento de Pichon-Riviére, Tubert-Oklander y Hernández de Tubert comparten otras influencias que han enriquecido su concepción del trabajo con grupos. Explican el campo hermenéutico, ya mencionado, que los ha hecho considerar la importancia del contexto como un elemento importante en el entendimiento de los grupos y en la labor de entender el código que debe ser utilizado para comunicar e interpretar el fenómeno experimentado. Asimismo hacen un tributo a Harry Stack Sullivan y su psicoanálisis interpersonal, así como a la teoría de relaciones objetales del psicoanálisis. Gregory Bateson, en conjunto con otros pensadores de la teoría sistémica, es reconocido como una influencia importante en la comprensión de los procesos de comunicación, pensamiento, aprendizaje y cambio. Al hacer estos reconocimientos, ellos demuestran como la *Weltanschauung*' puede ser enriquecida adhiriendo a ella la diferencia y la complementariedad.

Los siguientes cuatro capítulos son capítulos clínicos. En estos, los autores demuestran como ponen ellos las teorías antes presentadas en la práctica. Al mostrar la forma en que ellos conducen los diferentes grupos operativos a los que se enfrentan, comparten logros, fallas y las modificaciones que han tenido que ir aplicando en su trabajo. Esta extensiva revisión es lo que hace a los capítulos clínicos valiosos.

El capítulo número cuatro aborda los grupos operativos de aprendizaje. Es representativo que Tubert-Oklander y Hernández de Tubert hayan elegido este tipo de grupo para comenzar su exposición clínica, ya que los grupos operativos nacieron en el proceso de enseñanza-aprendizaje. Explican la forma en la que ellos dirigen estos grupos, dando a los miembros la total libertad de expresarse y discutir para obtener sus propias conclusiones, con la mínima intervención del coordinador que sólo se encuentra presente para señalar los obstáculos a los que se enfrentan a la hora de abordar la tarea específica –aprender–. Para abordar estos obstáculos proporcionan un entendimiento interpretativo mientras ponen de relieve las premisas de los esquemas referenciales con los que el grupo está trabajando. El objetivo es que los participantes en un grupo desarrollen un *ECRO* en común que los auxilie a conseguir la tarea, que es pensar juntos para aprender. En este sentido Tubert-Oklander y Hernández de Tubert conciben el rol de coordinador como similar al rol de psicoterapeuta de grupo ya que “... él está tratando de identificar e interpretar los conflictos emocionales del grupo al enfrentarse con la tarea presente” (p.101, mi traducción). No obstante el coordinador también tiene un rol de epistemólogo, ya que intenta inducir en los participantes un análisis crítico de sus propias teorías, que se evidencian en la manera en la que se enfrentan a la tarea.

En este capítulo, los autores demuestran un aspecto fundamental de nuestra labor como

profesionistas: la posibilidad de investigar. Este interés se verá reiterado durante el resto de los capítulos clínicos, pero este capítulo le sirve de introducción. Mientras van mostrando el trabajo con grupos de aprendizaje, también plantean la posibilidad de observar (investigar) a los grupos desde una perspectiva transversal o longitudinal. De este modo se pueden identificar las características del grupo en una determinada sesión, la forma en la que se enfrentan a la tarea, los obstáculos específicos que son promovidos por la interacción del grupo y el tema abordado, así como el desarrollo del grupo a lo largo de cierto periodo de tiempo. Para mostrar ambas posibilidades, muestran análisis de grupos operativos de aprendizaje tanto en un sentido longitudinal como transversal, señalando las intervenciones de los miembros, las de ellos como coordinadores al momento y las conclusiones obtenidas del análisis de estos dos procedimientos.

El capítulo cinco es sobre el entrenamiento de psicoterapeutas, psicoanalistas y analistas de grupo. Es un capítulo de mucha importancia, debido a que cuestiona la forma en que la teoría y la práctica psicoanalítica es transmitida comenzando por la dificultad de transmitir verbalmente lo que es la experiencia analítica. Comienzan con una confrontación sobre la imposibilidad de ser objetivos, existiendo siempre subjetividad en todo lo que se percibe, una característica que es llevada a otro nivel cuando se habla de la experiencia analítica que no es percibida por medio de los sentidos tradicionales. Esta característica, que es esencial del psicoanálisis, genera problemas cuando

se intenta discutir y compartir las teorías y acercamientos psicoanalíticos con otros profesionales, pero también entre los mismos psicoanalistas.

Los autores mantienen que el camino para transmitir el psicoanálisis es a través de un entrenamiento adecuado para aprender a percibir el tipo de fenómenos que se desarrollan en nuestro campo de trabajo –la experiencia emocional–. Con la finalidad de adquirir este tipo de aprendizaje, el estudiante debe tener una experiencia de primera mano trabajando con su propio inconciente, percibiendo y analizando su particular experiencia emocional a través del análisis personal. “... [los] conceptos psicoanalíticos son realmente entendidos cuando convergen con una verdadera experiencia emocional. Y este debe ser el objetivo principal del entrenamiento de psicoterapeutas, psicoanalistas y analistas de grupo.” (p. 143, mi traducción) Esta idea fue en primera instancia introducida por Sándor Ferenczi en cuanto a la relación paciente-terapeuta, y más adelante Michael Balint –discípulo y analizando de Ferenczi– la aplica al proceso de enseñanza-aprendizaje en grupos, idea retomada y actualizada por ambos autores.

Una de las ideas más sobresalientes que Tubert-Oklander y Hernández de Tubert comparten es aquella acuñada por Balint, quién afirma que el entrenamiento de psicoterapeutas fracasa porque se ignora uno de sus aspectos más importantes: para verdaderamente *ser* psicoterapeutas, una inevitable transformación de la personalidad del estudiante es necesaria. Para conseguir esta transformación, las

herramientas psicoanalíticas, sobre todo la interpretación, deben ser utilizadas en el ambiente de aprendizaje con la finalidad de promover la reflexión y la conceptualización de las ideas que se están revisando. De esta manera se puede trabajar en el puente que debe ser establecido entre la experiencia emocional y la teoría psicoanalítica.

No obstante, este abordaje requiere de la aceptación de que la experiencia analítica es de carácter altamente idiosincrásico, por lo que el entendimiento que el estudiante haga de la teoría psicoanalítica también lo será. Así, para hacer posible la transmisión de la experiencia psicoanalítica, un grupo operativo es de gran utilidad, ya que hace posible que se establezca un *ECRO* común entre los participantes del grupo que fomentará el que puedan tener una experiencia emocional similar del psicoanálisis. Con esta finalidad, el grupo operativo de supervisión permite escuchar y considerar diversas ideas, percepciones y opciones que enriquecen el *ECRO* común del grupo, así como la comprensión del caso y de la técnica.

Bajo este modelo, el grupo de supervisión operativa que nos muestran es un grupo en el que la interpretación es utilizada para, a partir de la experiencia emocional del caso supervisado, conducir a la reflexión y conceptualizar ideas teóricas útiles, uniendo teoría con experiencia emocional y tratando de modificar una paradoja que Tubert-Oklander y Hernández de Tubert conciben inaceptable en la enseñanza del psicoanálisis: enseñar psicoanálisis “...con métodos no analíticos e incluso antianalíticos.” (p. 157, mi traducción)

Muestran una experiencia de supervisión operativa con estudiantes de psicoterapia familiar en el que manifiestan tanto los aspectos positivos, como los obstáculos, las decisiones que tomaron como coordinadores y los resultados de la experiencia. Es una experiencia muy completa que enfrenta con la dificultad de formar verdaderos profesionales en nuestro campo, para lo que se requiere honestidad y un compromiso completo con el psicoanálisis.

El capítulo seis es un interesante acercamiento al trabajo que se puede hacer en instituciones y en la sociedad. Comienzan asumiendo que el individuo establece una relación con el medio social tan compleja y rica como la relación que establece con otro ser humano, incluso tal vez más complicada debido a la natural complejidad del ambiente social. Proponen, siguiendo a autores como Winnicott y basándose en la multiplicidad que hace al medio social abrumador, que el individuo desarrolla una relación con la sociedad (representada por las autoridades) similar a la que el bebé desarrolla hacia la madre. Esta es una idea central, porque establece la responsabilidad que toda autoridad tiene en el mantenimiento de la seguridad y de la confianza de los ciudadanos. Esta relación de dependencia que el adulto desarrolla hacia la sociedad presenta una gran desventaja en el momento en que la sociedad fracasa en la satisfacción de las necesidades de seguridad, organización y confianza. Desde la perspectiva de los autores una de las más grandes heridas se da cuando la autoridad miente. Este es un pensamiento que dirige su trabajo cotidiano (la

búsqueda de la veracidad) y se encuentra como fundamento en el trabajo con grupos institucionales.

Comparten con los lectores el trabajo realizado con un grupo institucional muy complejo: un grupo de enfermeras de una institución pública. En primera instancia presentan los problemas que ellos consideran que este grupo en particular presenta, así como sus posibles causas. Posteriormente comparten su experiencia incluyendo –como lo han venido haciendo– las intervenciones del coordinador. Finalmente realizan un análisis de los resultados compartiendo los puntos fuertes, las fallas, los aspectos positivos y los negativos del trabajo.

El segundo ejemplo clínico de este capítulo es sobre una comunidad terapéutica que “... es un ambiente social artificial que ha sido especialmente diseñado para fomentar el proceso de curación y el crecimiento personal de los individuos que viven en ella.” (p.197, mi traducción) Es un grupo especial porque se encuentra sumamente presionado tanto desde el exterior (por los familiares, los pacientes, la sociedad) como desde el interior (el grupo de trabajo, el proceso psicopatológico intrínseco). De esta manera, este ambiente puede transformarse en un agente patógeno a menos que se haga conscientemente algo para evitarlo. Lo que estos autores proponen es un *grupo de reflexión sistemática* sobre el proceso de la comunidad, que es presentado en este capítulo. Si bien es muy útil para una comunidad terapéutica, no debe dejarse de lado su utilidad para grupos que se enfrentan con labores que resultan en un desgaste extraordinario

que interfiere en la comunicación y en las relaciones entre los miembros.

Otro ejemplo de la aplicación social e institucional de los grupos operativos es uno que no es conducido por los autores, sino por el psiquiatra argentino Jorge García Badaracco. Él conforma lo que llama *grupos multifamiliares*: grupos de pacientes, familiares, amigos, enfermeras, psicoterapeutas, psiquiatras y otros miembros del grupo de trabajo que pueden ascender hasta cien participantes, y que se reúnen para hacer una reflexión psicoanalítica sobre la experiencia de vida de los pacientes, sus familiares y amigos, los eventos diarios en la comunidad terapéutica y otros temas que puedan surgir durante la reunión. El trabajo con un grupo tan grande es un impresionante ejemplo de las herramientas que el pensamiento psicoanalítico grupal puede proporcionar para enfrentarnos a los problemas de salud mental en creciente demanda.

Finalmente, Tubert-Oklander y Hernández de Tubert introducen el uso de grupos operativos para la investigación (idea señalada a lo largo de los capítulos clínicos), en este caso una investigación de género. Pese a que esta experiencia no resultó satisfactoria por la resistencia desarrollada por el grupo, proporciona un vistazo muy interesante sobre las posibilidades que los grupos operativos pueden ofrecer a la investigación de temáticas sociales.

El capítulo final es una conclusión del viaje que ellos han vivido en cuanto al manejo con grupos y al que nos invitan a participar con la lectura del libro. Aprecian sobre todo el diálogo que pudieron

establecer entre Foulkes y Pichon-Rivière. Mantienen una postura psicoanalítica a través del cuestionamiento sobre si este tipo de trabajo puede considerarse psicoanálisis. Dejando la puerta abierta a diversas perspectivas y contribuciones, ellos concluyen que en su forma personal de concebir el psicoanálisis (misma que aceptan, ha cambiado a lo largo de los años) este tipo de trabajo es una extensión natural del psicoanálisis. Lo anterior se mantiene si se concibe al psicoanálisis como un proceso de cuestionamiento, una forma particular de pensar, observar y experimentar las relaciones humanas; más que las ideas teóricas específicas que los pensadores del psicoanálisis han concluido a partir de su muy personal experiencia.

Junto con ellos, tengo que concluir que su trabajo es, en toda la extensión de la palabra, un trabajo psicoanalítico que abre un puente a nuevas posibilidades de trabajar con las teorías psicoanalíticas y de aplicar las herramientas que esta *Weltanschauung* nos provee como profesionales y como seres humanos. No obstante, para realizar este viaje tenemos que aceptar que el psicoanálisis es más que una teoría, que incluye todos los aspectos de nuestra vida, es una forma completa y compleja con la que nos enfrentamos a las situaciones cotidianas e implica una profunda modificación de la personalidad que nos hace ver, sentir y experimentar todo el mundo en una forma nueva y específica (Hernández de Tubert, 1995). Entonces ¿por qué no aplicar este enorme potencial a la gran variedad de horizontes a los que cada uno de nosotros como profesionistas y seres humanos

podemos acceder? Este es el mensaje que el trabajo de estos dos psiquiatras, psicoanalistas y analistas de grupo dejan como cuestionamiento y reto a enfrentar.

Referencias Bibliográficas

1. BEUCHOT, M. (2005). "Tratado de Hermenéutica Analógica". México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
2. BEUCHOT, M (2008). "Perfiles Esenciales de la Hermenéutica". México: Fondo de Cultura Económica.
3. BEUCHOT, M. y TUBERT-OKLANDER, J. (2008). "Ciencia Mestiza: hermenéutica analógica y psicoanálisis.". México: Editorial Torres Asociados.
4. FOULKES, S. H. (1975). "A short outline of the therapeutic process in a group-analytic psychotherapy". Lear, T. ed. (1984). Spheres of Group Analysis. Pp. 14-19. Londres: Group Analytic Society.
5. HERNÁNDEZ DE TUBERT, R. (1995). "La identidad psicoanalítica: ¿transformación o sustitución?". Versión actualizada del trabajo presentado en la Reunión Científica *Homenaje a los pioneros del psicoanálisis en México*. Asociación Psicoanalítica Mexicana. Taxco, Gro.: México. Abril de 1995.
6. HERNÁNDEZ DE TUBERT, R. (1997). "Mentira y poder: sociogénesis de la enfermedad mental". Cuadernos de Psicoanálisis. 30 (1-2), pp. 43-79. México: Asociación Psicoanalítica Mexicana.
7. HERNÁNDEZ DE TUBERT, R. (2000). "Inconsciente y concepción del mundo". Trabajo presentado en el 40º Congreso Nacional de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Mexicana. Ciudad de México. Noviembre del 2000.
8. HERNÁNDEZ DE TUBERT, R. (2008). "The politics of despair". Trabajo presentado en el 14º Simposio Europeo de Análisis de Grupo. Groups Analytic Society. Dublín, Irlanda. Agosto del 2008.
9. TUBERT-OKLANDER, J. (1995) "El psicoanálisis en la matriz social". Trabajo presentado en el 34º Congreso Nacional de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Mexicana. Morelia, Michoacán. Noviembre 1995.
10. TUBERT-OKLANDER, J. (2008). "The matrix of despair". Conferencia Magistral presentada en el 14º Simposio de Análisis de Grupo. Groups Analytic Society. Dublín, Irlanda. Agosto del 2008.
11. TUBERT-OKLANDER, J. y HERNÁNDEZ DE TUBERT, R. (2004). *Operative Groups: The Latin American Approach to Group Analysis*. London: Jessica Kingsley Publishers.

El chiste y su relación con el inconsciente

El poder intelectual de un hombre,
se mide por el humor que es capaz de utilizar.

- Friedrich Nietzsche -



Pensando en los analistas en formación, nuestra vocación y lo transicional que estamos viviendo, cuya semilla estaba hace mucho tiempo ya



Adultez, Serie Metamorfosis
Liza Mariottini, Artista Plástica Argentina

Consejo Editorial

Editores

Mtro. Gabriel Hernández

Mtra. Alejandra Uscanga Castillo

Lectores

Mtra. Camille Cassereau Mayer

Mtra. Claudia Lahud

Dr. Jorge Luyando Hernández

Datos de contacto

Si te interesa participar en esta publicación, espacio transicional compartido, contáctanos al correo de Psimef psimef_apm@yahoo.com.mx agregando tu texto en formato Word para que sea revisado por el consejo editorial. Puedes participar con un trabajo original tuyo o con una reseña de algún libro que te haya apasionado y que quieras compartir; si se te ocurre algo más, escríbenos y propón cómo te gustaría participar con nosotros.

